



En ese capítulo hemos subrayado que aunque la teoría del conflicto se esforzó por encuadrarse en la tradición marxista, era, en realidad, una versión pobre de la teoría marxista. En este capítulo analizaremos varias teorías sociológicas que constituyen reflexiones más satisfactorias sobre las ideas de Marx. Como podremos apreciar, la influencia de Marx no ha sido uniforme en absoluto. Debido a que la teoría de Marx es enciclopédica, muchos y muy diversos teóricos proclaman que trabajan bajo las directrices de su obra original. De hecho, aunque cada uno de ellos se proclama heredero legítimo de la teoría de

Marx, se aprecian muchas diferencias irreconciliables entre sus teorías.

Hemos tenido la cautela de centrarnos en los elementos sociológicos de las teorías marxistas que vamos a analizar. Parafraseando un comentario de Henri Lefebvre (1968) acerca de la teoría de Marx, hay teoría sociológica en el neomarxismo, pero no todo el neomarxismo es teoría sociológica.

Nuestro objetivo es estudiar la amplia variedad de trabajos que se han realizado en la teoría sociológica neomarxista. En primer lugar, proporcionamos una breve exposición acerca de los deterministas económicos. Su obra no está directamente relacionada con la sociología, pero representa la postura contra la que reaccionaron muchos sociólogos neomarxistas al desarrollar sus propias orientaciones. En segundo lugar, analizamos algunos de los primeros marxistas hegelianos, en particular Georg Lukács y Antonio Gramsci. Su importancia reside en el esfuerzo por integrar ciertas orientaciones subjetivas con el tradicional interés de los marxistas por las estructuras materiales y objetivas. En tercer lugar nos ocupamos de la Escuela de Frankfurt, o Escuela Crítica, que convirtió estas primeras críticas hegelianas en una revisión completa de la teoría marxista. En este punto haremos un comentario sobre los que intentaron extender los intereses marxistas tradicionales a los fenómenos del nivel individual. Dedicamos especial atención a las ideas de un teórico crítico contemporáneo, Jürgen Habermas. En cuarto lugar analizamos el marxismo estructural, que constituye una reacción contra los revisionistas hegelianos y un regreso a lo que para estos teóricos es la preocupación «real» de Marx por las estructuras inconscientes. En quinto lugar examinamos algunos trabajos relevantes para la sociología que se enmarcan en el campo de la economía institucional neomarxista. Y en sexto lugar nos ocupamos brevemente del trabajo que se ha realizado en el marxismo de orientación histórica.

Además de las teorías neomarxistas que analizamos en este capítulo estudiaremos algunas teorías «posmarxistas». Entre ellas se cuentan el marxismo analítico, el marxismo posmoderno y las ideas de Samuel Bowles y Herbert Gintis sobre la democracia y el capitalismo. Se ha dicho que estas teorías posmarxistas han traspasado los límites de la teoría marxista, y algunos observadores han llegado a afirmar que ya no es posible encuadrarlas en la teoría marxista.

1. Determinismo Económico

Marx parece un determinista económico en numerosos lugares de su obra; es decir, tenemos la impresión de que otorga una importancia superlativa al sistema económico y de que cree que éste determina todos los demás sectores de la sociedad: la política, la religión, los sistemas de ideas, etcétera. Si bien es cierto que Marx daba mucha importancia al sector económico, al menos en la sociedad capitalista, como pensador dialéctico no podía adoptar una postura determinista porque la dialéctica se caracteriza por la noción de que existe un proceso retroactivo continuo y una interacción mutua entre los distintos sectores de la sociedad. La política, la religión, etc., no podían quedar reducidos a epifenómenos determinados por la economía porque influyen sobre la economía del mismo modo que son influidos por ésta. A pesar de la naturaleza de la dialéctica, hay todavía quien interpreta a Marx como un determinista económico. Aunque algunos aspectos de la obra de Marx llevarían a esa conclusión, adoptar esta postura implica ignorar el impulso dialéctico que empuja su teoría.

Agger (1978) afirmó que el determinismo económico alcanzó su apogeo como interpretación de la teoría marxista durante el periodo de la Segunda Internacional Comunista, entre 1889 y 1914. Este periodo histórico se contempla con frecuencia como el punto culminante del capitalismo mercantil inicial, y sus expansiones y recesiones dieron lugar a numerosas predicciones acerca de su caída inminente. Los marxistas que comulgaban con el determinismo económico veían la caída del capitalismo como algo inevitable. En su opinión, el marxismo era capaz de producir una teoría científica de su desmoronamiento (así como de otros aspectos de la sociedad capitalista) con la fiabilidad predictora de las ciencias naturales y físicas. La tarea del analista era simplemente examinar las estructuras del capitalismo, en especial las estructuras económicas. Dentro de estas estructuras se producían una serie de procesos que acabarían inevitablemente con el capitalismo, y la tarea del determinista económico era descubrir cómo funcionaban estos procesos.

Friedrich Engels, colaborador y benefactor de Marx, fue el precursor de esta interpretación de la teoría marxista, como también lo fueron otros pensadores como Karl Kautsky y Eduard Bernstein. Kautsky, por ejemplo, señaló que el declive del capitalismo era inevitable en el sentido de que los inventores perfeccionan sus técnicas y de que los capitalistas, en su ansia de provecho, revolucionan la vida económica, como también es inevitable que los trabajadores quieran acortar la jornada laboral y elevar los salarios, se organicen y luchen contra la clase capitalista y su estado, y persigan la conquista del poder político y la derrota del gobierno capitalista. El socialismo es inevitable porque la lucha de clases y la victoria del proletariado son inevitables. (Kautsky)

Estas palabras nos sugieren la idea que las estructuras del capitalismo impulsan a los actores a realizar una serie de acciones.

Son esta suerte de ideas e imágenes las que provocaron las más duras críticas al determinismo económico científico: éste no era fiel a la dialéctica de la teoría de Marx. Específicamente, la teoría destruía la dialéctica porque consideraba irrelevante el pensamiento y la acción individuales. Las estructuras económicas del capitalismo que determinaban el pensamiento y la acción individuales constituían el elemento de mayor importancia. Esta interpretación también llevaba al quietismo político y, por tanto, no se correspondía con el pensamiento de Marx. ¿Por qué era necesaria la acción de los individuos si el sistema capitalista terminaría desmoronándose por mor de sus propias contradicciones estructurales? Es claro que, dado el deseo de Marx de integrar teoría y práctica, una perspectiva que ignora la acción e incluso la reduce a la insignificancia no se encuadra en la tradición de su pensamiento.

2. Marxismo Hegeliano

A resultas de las críticas que acabamos de analizar, el determinismo económico comenzó a perder importancia, y una serie de teóricos desarrollaron otras variedades de teoría marxista. Un grupo de marxistas regresó a las raíces hegelianas de la teoría de Marx en busca de una orientación subjetiva para complementar el énfasis que los primeros marxistas pusieron en el nivel material y objetivo. Los primeros marxistas hegelianos intentaron restaurar la dialéctica entre los aspectos subjetivos y objetivos de la vida social. Su interés por los factores subjetivos sentó las bases para el desarrollo posterior de la teoría crítica, que terminó por centrarse casi exclusivamente en los factores subjetivos. Varios pensadores pueden tomarse como ejemplo del marxismo hegeliano (por ejemplo, Karl Korsch), pero nos centraremos en el trabajo de uno que se destacó especialmente, Georg Lukács, sobre todo por su obra *History and Class Consciousness* [Historia y conciencia de clase]. También estudiaremos someramente las ideas de Antonio Gramsci.

a. Georg Lukács

Los estudiosos marxistas de principios del siglo XX limitaron su atención a las últimas obras de Marx, que eran trabajos principalmente económicos tales como *El capital*. Los pensadores marxistas virtualmente desconocían su obra temprana, especialmente *Los manuscritos de economía y filosofía de 1844*, más influida por el subjetivismo hegeliano. El redescubrimiento de *Los manuscritos* y su publicación en 1932 supuso un auténtico hito. Sin embargo, hacia 1920 Lukács había escrito ya su obra principal, que acentuaba el aspecto subjetivo de la teoría marxista. Como Martin Jay señaló, «Historia y conciencia de clase anticipó en varios sentidos las implicaciones filosóficas de *Los manuscritos de 1844* de Marx, y se publicó casi una década antes».

La principal aportación de Lukács a la teoría marxista es su trabajo sobre dos ideas principales: la reificación y la conciencia de clase. Lukács especificó desde el principio que no rechazaba totalmente el trabajo de los marxistas

económicos acerca de la reificación y que su interés era simplemente ampliar y extender las ideas de éstos. Lukács partió del concepto marxista de mercancías, que para él era «el problema estructural central de la sociedad capitalista». Una mercancía es, en lo fundamental, una relación entre las personas que, a sus ojos, adopta la naturaleza de una cosa y desarrolla una forma objetiva. En la sociedad capitalista las personas, en su interacción con la naturaleza, producen varios productos o mercancías (por ejemplo, pan, automóviles, películas). Sin embargo, suelen olvidar el hecho de que son ellas las que producen estas mercancías y les dan su valor y llegan a creer que el valor de estas mercancías es producido por un mercado considerado independiente de los actores. El fetichismo de la mercancía es el proceso por el que los actores otorgan a las mercancías y al mercado creado para ellas una existencia objetiva e independiente en la sociedad capitalista. El concepto de Marx de fetichismo de la mercancía constituye la base del concepto de Lukács de reificación.

La diferencia crucial entre el fetichismo de las mercancías y la reificación se encuentra en el alcance de esos dos conceptos. Mientras el primero se circunscribe a la institución económica, Lukács aplica el segundo a toda la sociedad: al estado, al derecho y al sector económico. La misma dinámica puede aplicarse a todos los sectores de la sociedad capitalista: las personas llegan a creer que las estructuras sociales tienen vida propia, a resultas de lo cual éstas llegan a adquirir un carácter objetivo. Lukács describió este proceso así:

El hombre en la sociedad capitalista se enfrenta a una realidad «construida» por él mismo (como clase) que para él es un fenómeno natural ajeno a sí mismo; el hombre está totalmente a merced de sus «leyes»; su actividad se limita a la explotación del cumplimiento inexorable de determinadas leyes individuales en su propio interés (egoísta). Pero incluso aunque «actúe», sigue siendo, dada la naturaleza del caso, el objeto y no el sujeto de los eventos. (Lukács)

En su trabajo sobre la reificación Lukács integró ideas de Weber y Simmel. Sin embargo, como la reificación se enmarcaba en la teoría marxista, se trataba de un problema del capitalismo y no era, como creían Weber y Simmel, el destino inevitable de la humanidad.

La segunda aportación de Lukács es su trabajo sobre la conciencia de clase, que hace referencia al sistema de creencias compartidas por los que ocupan la misma posición de clase en la sociedad. Lukács especificó que la conciencia de clase no era ni la suma ni el promedio de las conciencias individuales; antes bien, era una propiedad de un grupo de personas que ocupan posiciones similares en el sistema de producción. Esta visión le llevó a centrarse en la conciencia de clase de la burguesía y, en especial, del proletariado. Puede apreciarse en la obra de Lukács un claro vínculo entre la posición económica objetiva, la conciencia de clase, y los «pensamientos psicológicos reales de los hombres sobre sus vidas».

El concepto de conciencia de clase implica necesariamente, al menos en el capitalismo, una condición previa de falsa conciencia. Es decir, las clases en el capitalismo carecen por lo general de un sentido claro de sus verdaderos intereses de clase. Por ejemplo, hasta la fase revolucionaria los miembros del proletariado apenas se percatan de la naturaleza y el alcance de su explotación en el capitalismo. La falsedad de la conciencia de clase se deriva de la posición de clase dentro de la estructura económica de la sociedad: «La conciencia de clase implica una inconsciencia condicionada por la clase de la propia condición económica y sociohistórica... La «falsedad», la ilusión implícita en esta situación no es, en modo alguno, arbitraria» (Lukács). La mayoría de las clases sociales en el transcurso de la historia ha sido incapaz de superar la falsa conciencia y de llegar a tener una conciencia de clase. La posición estructural del proletariado dentro del capitalismo, sin embargo, le confiere una capacidad peculiar para desarrollar una conciencia de clase.

La capacidad para desarrollar la conciencia de clase caracteriza sobre todo a las sociedades capitalistas. En las sociedades precapitalistas varios factores impidieron el desarrollo de la conciencia de clase. Por un lado, el estado, independientemente de la economía, influía en los estratos sociales; por otro, la conciencia de estatus (prestigio) solía enmascarar la conciencia de clase (económica). Así, Lukács concluía: «En estas sociedades, por tanto, no había ninguna posición desde la que pudiera hacerse consciente la base económica de todas las relaciones sociales». En cambio, la base económica del capitalismo se ve con mayor claridad y es más simple. Las personas pueden no ser conscientes de sus efectos, pero al menos se percatan inconscientemente de ellos. Como consecuencia de ello, «llega un momento en que la conciencia de clase se hace consciente». Llegado este punto, la sociedad se convierte en un escenario ideológico donde se produce la lucha entre los que quieren ocultar el carácter clasista de la sociedad y los que pretenden sacarlo a la luz.

Lukács comparó las diversas clases del capitalismo atendiendo a su conciencia de clase. Afirmaba que la pequeña burguesía y el campesinado no podían desarrollar una conciencia de clase debido a la ambigüedad de su

posición estructural en el capitalismo. Como estas dos clases son vestigios de la sociedad feudal, no son capaces de desarrollar un claro sentido de la naturaleza del capitalismo. La burguesía sí puede desarrollar una conciencia de clase, pero, en el mejor de los casos, entiende el desarrollo del capitalismo como algo externo, sometido a leyes objetivas, como algo que puede experimentarse sólo pasivamente.

El proletariado tiene la capacidad de desarrollar una verdadera conciencia de clase, y cuando lo haga la burguesía se verá obligada a ponerse a la defensiva. Lukács se negó a considerar que el proletariado se movía impulsado por fuerzas externas, y lo veía como un agente creador de su propio destino. En la confrontación entre burguesía y proletariado, la primera clase dispone de todo tipo de armas intelectuales y organizativas, mientras que lo único de lo que dispone la segunda, al menos al principio, es de la capacidad de ver la sociedad tal y como es. En el curso de la batalla el proletariado pasa de ser una «clase en sí», es decir, una entidad estructuralmente creada, a ser una «clase para sí», una clase plenamente consciente de su posición y misión. En otras palabras, «la lucha de clases se elevará del nivel de la necesidad económica al de los objetivos conscientes y al de una eficaz conciencia de clase». Cuando la lucha alcance este punto el proletariado será capaz de actuar y destruir el sistema capitalista.

Aunque enmarcada en la tradición marxista, Lukács produjo una rica teoría sociológica. Le preocupaba la relación dialéctica entre las estructuras (fundamentalmente económicas) del capitalismo, los sistemas de ideas (especialmente la conciencia de clase), el pensamiento individual y, en última instancia, la acción individual. Su perspectiva teórica vincula de modo significativo a los deterministas económicos y a los marxistas más modernos.

b. Antonio Gramsci

El marxista italiano Antonio Gramsci también desempeñó un papel clave en la transición del determinismo económico hacia los desarrollos teóricos marxistas más modernos, aunque su perspectiva teórica es menos rica que la que nos ofreció Lukács (Salamini). Gramsci criticó a los marxistas «deterministas, fatalistas y mecanicistas». De hecho, escribió un ensayo titulado «La revolución contra El capital» (Gramsci) en el que celebraba la «resurrección de la voluntad política contra el determinismo económico de los que reducen el marxismo a las leyes históricas de la obra más conocida de Marx [El capital]» (Jay). Aunque reconocía la existencia de regularidades históricas, rechazaba la idea de la inevitabilidad y el mecanicismo de los desarrollos históricos. Las masas debían por tanto actuar y llevar a cabo la revolución social. Pero para actuar, era necesario que las masas llegaran a ser conscientes de su situación y de la naturaleza del sistema en el que vivían. De este modo, aunque Gramsci reconocía la importancia de los factores estructurales, especialmente de la economía, no creía que estos factores estructurales provocaran la revuelta de las masas. Las masas necesitaban desarrollar una ideología revolucionaria, pero no podían hacerlo solas. Gramsci trabajaba desde supuestos bastante elitistas: eran los intelectuales los que generaban las ideas que después se divulgaban a las masas, quienes las llevaban a la práctica. Las masas eran incapaces de generar estas ideas, y, una vez que existían, podían experimentarlas sólo como un acto de fe. Las masas no podían llegar a la autoconciencia por sí mismas; necesitaban la ayuda de las élites sociales. Sin embargo, una vez que estas ideas influían en las masas, éstas podían realizar las acciones que llevaban a la revolución social. Gramsci, como Lukács, se centró en las ideas colectivas más que en las estructuras sociales como la economía, y ambos operaron dentro de la teoría marxista tradicional.

El concepto central de Gramsci, que refleja su hegelianismo, es la hegemonía. De acuerdo con Gramsci, «el ingrediente esencial de la filosofía de la praxis más moderna [el vínculo entre pensamiento y acción] es el concepto histórico-filosófico de "hegemonía"». Gramsci define la hegemonía como el liderazgo cultural ejercido por la clase dirigente. Compara la hegemonía con la coerción, que es «ejercida por los poderes legislativo o ejecutivo, o se expresa en una intervención policial» (Gramsci). Los marxistas económicos solían acentuar la economía y los aspectos coercitivos de la dominación estatal. A diferencia de ellos, Gramsci subrayaba la «"hegemonía" y el liderazgo cultural». En un análisis del capitalismo, Gramsci se propuso descubrir cómo ciertos intelectuales, que trabajaban para los capitalistas, alcanzaban un liderazgo cultural y lograban la conformidad de las masas.

El concepto de hegemonía no sólo sirve para comprender la dominación capitalista, sino que orienta también los pensamientos de Gramsci sobre la revolución. Es decir, mediante la revolución no sólo se debe alcanzar el control de la economía y del aparato del estado; es preciso lograr también un liderazgo cultural sobre el resto de la sociedad. Para conseguirlo, Gramsci otorga un papel clave a los intelectuales y al partido comunista.

Pasemos ahora a estudiar la teoría crítica, que se desarrolló a partir de la obra de marxistas hegelianos como Lukács y Gramsci, y que se alejó aún más de las raíces marxistas tradicionales del determinismo económico.

3. Teoría Crítica

La teoría crítica es el producto de un grupo de neomarxistas alemanes que se sentían insatisfechos con el estado de la teoría marxista y, en particular, con su tendencia hacia el determinismo económico. La escuela se fundó oficialmente en Frankfurt, Alemania, el 23 de febrero de 1923, aunque algunos de sus miembros habían trabajado ya antes de esa fecha. Con la llegada al poder de los nazis en la década de los años treinta muchas de las principales figuras de la escuela emigraron a los Estados Unidos, donde continuaron su trabajo en un instituto asociado a la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York. Tras la Segunda Guerra Mundial, algunos de los teóricos críticos regresaron a Alemania, mientras otros permanecieron en los Estados Unidos. Hoy en día la teoría crítica se ha extendido más allá de los confines de la Escuela de Frankfurt (Telos). La teoría crítica fue, y aún lo es en nuestros días, una orientación principalmente europea, si bien su influencia en la sociología americana no ha dejado de aumentar (Van Den Berg).

a. Principales críticas

La teoría crítica se compone principalmente de variados análisis críticos de diversos aspectos de la vida social e intelectual. Se inspira en la obra de Marx, que inicialmente se desarrolló como un análisis crítico de ideas filosóficas para luego criticar la naturaleza del sistema capitalista. La Escuela Crítica constituye una crítica tanto de la sociedad como de diversos sistemas de conocimiento (Farganis). Gran parte de la obra que se ha realizado en la línea de la Escuela adopta la forma de crítica, pero su meta última es revelar con mayor precisión la naturaleza de la sociedad (Bleich). Nos centraremos primero en las principales críticas que realizó la Escuela, que manifiestan una preferencia por el pensamiento de oposición y por desvelar y desenmascarar diversos aspectos de la realidad social (Connerton).

- 1) Crítica de la teoría marxista.** La teoría crítica es una suerte de teoría marxista que parte de una crítica a las teorías marxistas. Los teóricos críticos no gustan de determinismos económicos, ni de mecanicismos marxistas (Antonio, Schroyer, Sewart). Algunos critican el determinismo implícito en algunas partes de la obra original de Marx, pero la mayoría de los pensadores críticos apuntan hacia los neomarxistas, fundamentalmente porque han interpretado la obra de Marx de forma demasiado mecánica. Los teóricos críticos declaraban que los deterministas económicos no se habían equivocado por centrarse en el reino económico, sino porque ignoraron otros aspectos de la vida social. Como veremos, la meta de la Escuela Crítica es rectificar este desequilibrio centrándose en el reino cultural (Schroyer). Además de atacar otras teorías marxistas, la Escuela Crítica también criticó sociedades tales como la Unión Soviética, supuestamente construida sobre la base de la teoría marxista (Marcuse).
- 2) Crítica del positivismo.** Los teóricos críticos también atacaron los pilares filosóficos de la investigación científica, en especial el positivismo (Bottomore). La crítica al positivismo guarda relación, al menos en parte, con la crítica al determinismo económico, ya que algunos deterministas aceptaban parte o la totalidad de la teoría positivista del conocimiento. El positivismo se caracteriza por defender varias cuestiones (Schroyer, Sewart). Acepta la idea de que un único método científico es aplicable a todos los campos de estudio. Adopta las ciencias físicas como modelo de fiabilidad y precisión para todas las disciplinas. Los positivistas consideran que el conocimiento es intrínsecamente neutral y se creen capaces de excluir los valores humanos de su trabajo. Esto, a su vez, conduce a la idea de que la ciencia no debe defender ninguna forma específica de acción social.

La Escuela Crítica se opone al positivismo por varias razones (Sewart). Por un lado, el positivismo tiende a reedificar el mundo social y a considerarlo como un proceso natural. Los teóricos críticos prefieren centrarse en la actividad humana y en los modos en los que esa actividad influye en las grandes estructuras sociales. En suma, el positivismo ignora los actores (Habermas) al reducirlos a entidades pasivas determinadas por «fuerzas naturales». Debido a su creencia en la naturaleza distintiva del actor, los teóricos críticos no podrían aceptar la idea de que las leyes generales de la ciencia pueden aplicarse sin considerar la acción humana. Los críticos atacan al positivismo por limitarse a evaluar la medida en la que los medios se adecúan a los fines sin hacer una evaluación similar de los fines. Esto conduce a la idea de que el positivismo es intrínsecamente conservador, incapaz de desafiar el sistema existente. Como Martin Jay señala: «El resultado es la absolutización de los «hechos» y la reificación del orden existente». El positivismo defiende la

pasividad del actor y del científico social. Pocos marxistas apoyarían una perspectiva que no vincula teoría y práctica. Sin embargo, a pesar de estas críticas al positivismo, algunos marxistas (por ejemplo, algunos estructuralistas y marxistas analíticos) comulgan con el positivismo y, en ocasiones, el propio Marx se ha mostrado abiertamente positivista (Habermas).

- 3) Crítica de la sociología.** La Escuela Crítica también ha tomado a la sociología como blanco de sus ataques (Frankfurt Institute for Social Research). La ha atacado por su «cientifismo», es decir, por considerar el método científico como un fin en sí mismo. Además, ha acusado a la sociología de aceptar el status quo. La Escuela Crítica sostiene que la sociología no hace una crítica seria de la sociedad, ni tampoco intenta trascender la estructura social contemporánea. Mantiene que la sociología ha renunciado a su obligación de ayudar a las personas oprimidas por la sociedad contemporánea.

Además de estas críticas políticas, la Escuela Crítica también practica una crítica social sustantiva. Es decir, critican la tendencia de los sociólogos a reducir todo lo humano a variables sociales. Cuando los sociólogos analizan el conjunto de la sociedad en lugar de centrarse en los individuos que la componen, ignoran la interacción entre individuo y sociedad. Aunque la mayoría de las perspectivas sociológicas no son culpables de ignorar esa interacción, esta idea constituye la piedra angular de los ataques de la Escuela Crítica contra los sociólogos. Como ignoran al individuo, los sociólogos son incapaces de producir ideas relevantes acerca de los cambios políticos que conducen a una «sociedad justa y humana» (Frankfurt Institute for Social Research). Como Zoltan Tar señaló, la sociología se convierte en «una parte integrante de la sociedad existente en lugar de constituir un medio de crítica y un fermento de renovación».

- 4) Crítica de la sociedad moderna.** El objetivo de una buena parte de los trabajos de la Escuela Crítica es el análisis crítico de la sociedad moderna y de varios de sus componentes. Mientras la teoría marxista inicial se centró específicamente en la economía, la Escuela Crítica viró hacia el nivel cultural a la luz de lo que consideraba las realidades de la sociedad capitalista moderna. Es decir, defendía que el locus de la dominación en el mundo moderno se había trasladado desde la economía al reino cultural. Esto no significa que abandonara su interés por la dominación, pero a sus ojos, en el mundo moderno la dominación está asociada a elementos culturales más que económicos. Por tanto, uno de los objetivos de la Escuela Crítica es analizar la represión cultural del individuo en la sociedad moderna.

La inspiración de los pensadores críticos procede no sólo de la teoría marxista, sino también de la weberiana, hecho que se refleja en su enfoque sobre la racionalidad como el desarrollo más importante del mundo moderno. Como Trent Schroyer (1970) explicó, la Escuela Crítica considera que en la sociedad moderna la represión creada por la racionalidad ha desplazado a la explotación económica como problema social dominante. La Escuela Crítica adoptó claramente la diferenciación de Weber entre racionalidad formal y racionalidad sustantiva o, lo que los teóricos críticos llaman razón. De acuerdo con los teóricos críticos la racionalidad formal se define irreflexivamente como adecuación de los medios más efectivos a cualquier propósito determinado. Ello se considera una muestra de «pensamiento tecnocrático», cuyo objetivo es servir a las fuerzas de la dominación, no a la emancipación de la gente. La meta es simplemente encontrar los medios más efectivos para alcanzar cualquier fin importante para los que están en el poder. El pensamiento tecnocrático se opone a la razón, que es, para los teóricos críticos, la gran esperanza de la sociedad. La razón implica la valoración de los medios en términos de los valores humanos fundamentales de la justicia, la paz y la felicidad. Los teóricos críticos identificaron el nazismo en general, y los campos de concentración, en particular, como ejemplos de racionalidad formal en agudo conflicto con la razón. Así, como George Friedman señaló «Auschwitz era un lugar racional, pero no razonable».

A pesar de la aparente racionalidad de la vida moderna, la Escuela Crítica cree que en el mundo moderno abunda la irracionalidad. Esta idea puede etiquetarse con el término de «irracionalidad de la racionalidad» o, más específicamente, irracionalidad de la racionalidad formal. Como señaló Herbert Marcuse, aunque parece imbuida de racionalidad, «esta sociedad es irracional en su conjunto». Es irracional el hecho de que el mundo racional destruya a los individuos y a sus necesidades y capacidades; que la paz se mantenga mediante la amenaza constante de guerra y que, a pesar de la existencia de medios suficientes, sigan existiendo personas pobres, reprimidas, explotadas e incapaces de realizarse.

La Escuela Crítica dirige sus críticas principalmente hacia una forma de racionalidad formal: la tecnología moderna. Marcuse (1964), por ejemplo, criticó duramente la tecnología moderna. Pensaba que la tecnología

de la sociedad moderna llevaba al totalitarismo. De hecho, consideraba que ofrecía métodos de control nuevos, más eficaces e incluso más «agradables». El principal ejemplo era el uso de la televisión para socializar y amansar a la población (otros ejemplos los constituían los deportes de masas y el sexo). Rechazaba la idea de que la tecnología fuera neutral en el mundo moderno y la veía como un medio de dominación. Es eficaz porque parece neutral cuando, en realidad, es esclavizadora. Sirve para suprimir la individualidad. La tecnología moderna ha «invadido y cercenado» la libertad interior del actor. El resultado es lo que Marcuse denominó la «sociedad unidimensional», en la que los individuos perdían la capacidad de pensar de manera crítica y negativamente sobre la sociedad. Marcuse no creía que la tecnología constituyera un enemigo per se, sino que la sociedad capitalista moderna la utilizaba en su provecho: «La tecnología, al margen del grado de su «pureza», mantiene y moderniza el continuum de dominación. Sólo la revolución puede destruir este vínculo fatal, una revolución que logre que la tecnología y la técnica se conviertan en siervas de las necesidades y las metas de los hombres libres» (1969: 56). Marcuse sostenía la idea original de Marx de que la tecnología no era intrínsecamente un problema y que podía utilizarse para desarrollar una sociedad «mejor».

- 5) **Crítica de la cultura.** De acuerdo con Friedman, «la Escuela de Frankfurt centró focalmente su atención en el reino cultural» (1981: 136). Los teóricos críticos apuntaron sus críticas hacia lo que ellos denominaban la «industria de la cultura», hacia las estructuras racionalizadas y burocratizadas (por ejemplo, las cadenas de televisión) que controlan la cultura moderna. La preocupación por la industria de la cultura refleja más interés por el concepto marxista de «superestructura» que por los elementos económicos. La industria de la cultura, que produce lo que convencionalmente se ha denominado una «cultura de masas», se define como «una cultura manipulada... falsa, no espontánea y reificada, opuesta a la verdad» (Jay). En relación con esta industria, lo que más preocupa a los pensadores críticos son dos cuestiones. Primero, les preocupa su falsedad. Piensan que se trata de un conjunto preempaquetado de ideas producidas en masa y divulgadas a las masas por los medios de comunicación. Segundo, a los teóricos críticos les inquieta su efecto apaciguador, represor y entontecedor en la gente (Friedman).

En un libro reciente, Douglas Kellner desarrolla conscientemente una teoría crítica de la televisión. Si bien encuadra su crítica en la línea de las preocupaciones culturales de la Escuela Crítica, Kellner se inspira en otras tradiciones marxistas con el fin de presentar una concepción más completa de la industria de la televisión. Critica a la Escuela Crítica aduciendo que «no hace un análisis detallado de la economía política de los medios de comunicación de masas y conceptualiza la cultura de masas simplemente como un instrumento de la ideología capitalista» (Kellner). Así, además de analizar la televisión como parte de la industria de la cultura, Kellner la relaciona tanto con el capitalismo corporativo como con el sistema político. Por añadidura, Kellner no cree que la televisión sea monolítica o esté controlada por fuerzas corporativas consistentes, sino que la ve como un «medio de comunicación de masas altamente conflictivo en el que convergen y compiten fuerzas económicas, políticas, sociales y culturales. Así, aun cuando opera dentro de la tradición de la teoría crítica, Kellner rechaza la idea de que el capitalismo sea un mundo totalmente manipulado. Con todo, cree Kellner que la televisión representa una amenaza para la democracia, la individualidad y la libertad, y hace sugerencias (por ejemplo, más responsabilidades democráticas, mayor participación ciudadana, mayor diversidad televisiva) para contrarrestarla. Así, Kellner, además de una crítica, ofrece propuestas para evitar los efectos dañinos de la televisión.

La Escuela Crítica también se interesa por lo que ella denomina la «industria del conocimiento», que hace referencia a las entidades relativas a la producción del conocimiento (por ejemplo, las universidades y los institutos de investigación), que han pasado a ser estructuras autónomas de nuestra sociedad. Su autonomía les ha permitido extender su mandato original (Schroyer). Se han convertido en estructuras opresoras interesadas en extender su influencia por toda la sociedad.

El análisis crítico de Marx del capitalismo le llevó a confiar en el futuro; sin embargo, la postura que llegan a adoptar muchos teóricos críticos carece de esperanzas. Creen que los problemas del mundo moderno no son específicos del capitalismo, sino que son endémicos de un mundo racionalizado, incluyendo las sociedades socialistas. Ven el futuro, en términos weberianos, como una «jaula de hierro» llena de estructuras cada vez más racionales donde las posibilidades de escapar disminuyen a medida que pasa el tiempo.

Una buena parte de la teoría crítica (como el grueso de la teoría original de Marx) adopta la forma de análisis crítico. Aunque los teóricos críticos manifiestan también intereses positivos, una de las críticas fundamentales dirigida a la teoría crítica es que ofrece más críticas que contribuciones positivas. Este permanente negativismo exaspera a muchos estudiosos que creen que la teoría crítica tiene poco que ofrecer a la teoría sociológica.

b. Principales contribuciones

- 1) Subjetividad.** La contribución más relevante de la Escuela Crítica reside en su esfuerzo por reorientar la teoría marxista en una dirección subjetiva. Si bien tal reorientación constituye una crítica al materialismo de Marx y a su insistencia en las estructuras económicas, también representa una contribución de importancia para la comprensión de los elementos subjetivos de la vida social. Las contribuciones subjetivas de la Escuela Crítica se ubican tanto en el nivel cultural como en el individual.

Las raíces hegelianas de la teoría marxista constituyen la fuente principal del interés por la subjetividad. Muchos de los pensadores críticos se ven a sí mismos como pensadores que regresan a esas raíces, tal y como se manifiestan en la obra temprana de Marx, especialmente en Los manuscritos de economía y filosofía de 1844. En este sentido, su trabajo sigue las directrices de la obra de los primeros revisionistas marxistas del siglo XX tales como Karl Korsch y Georg Lukács, cuyo objetivo no era centrarse en la subjetividad, sino simplemente integrar el interés en ella y la tradicional preocupación marxista por las estructuras objetivas (Agger). Korsch y Lukács no pretendieron reestructurar la teoría marxista, pero los últimos teóricos críticos sí se han trazado esta gran y ambiciosa meta.

Comenzamos, pues, con el interés de la Escuela Crítica por la cultura. Como ya hemos señalado más arriba, la Escuela Crítica se orientó hacia el análisis de la «superestructura» en lugar del de la «base» económica. Un factor que motivó este cambio de orientación fue la preocupación de la Escuela Crítica por el hecho de que los marxistas habían dado una importancia superlativa a las estructuras económicas y que ello había ensombrecido el interés por otros aspectos de la realidad social, y en particular por la cultura. Además de este factor, una serie de cambios externos que se habían producido en la sociedad también motivaron este cambio de orientación (Agger). Sobre todo, la prosperidad del periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial parecía contribuir a la desaparición de las contradicciones económicas internas en general, y al conflicto de clases en particular. La falsa conciencia parecía un fenómeno cuasi universal porque se suponía que todas las clases sociales, incluso la trabajadora, se beneficiaban y defendían el sistema capitalista. Por añadidura, se hizo evidente que la Unión Soviética, a pesar de su economía socialista, era una sociedad tan opresora, incluso en la era de la perestroika, como la sociedad capitalista. Como las dos sociedades tenían economías diferentes, los pensadores críticos debían buscar en otro lugar la principal fuente de la opresión, y comenzaron a buscarla en la cultura.

A los aspectos de las preocupaciones de la Escuela de Frankfurt que acabamos de analizar -la racionalidad, la industria de la cultura y la industria del conocimiento- pueden añadirse otros temas, de entre los que destaca el interés por la ideología. Los pensadores críticos entienden por ideología los sistemas de ideas producidos por las élites sociales que suelen ser falsos y cegadores. Todos estos aspectos específicos de la superestructura y la orientación que les dio la Escuela Crítica pueden incluirse bajo el encabezamiento «crítica a la dominación». Este interés por la dominación lo motivó inicialmente el fascismo en los años treinta y cuarenta, aunque más tarde se convirtió en una preocupación por la dominación en la sociedad capitalista. El mundo moderno ha llegado a un estado jamás conocido de dominación sobre los individuos. De hecho, el control es tan completo y perfecto que ya no requiere la acción deliberada de los líderes. El control penetra en todos los aspectos del mundo cultural y, lo que es más importante, se ha internalizado en el actor. En efecto, los actores se dominan a sí mismos por el bien del resto de la sociedad. La dominación ha alcanzado un grado de perfección tal que ya no parece dominación en sí. Dado que no se percibe la dominación como perjudicial y alienadora para las personas, parece que el mundo es como debe ser. Los actores ya no pueden ver con claridad cómo tendría que ser el mundo. Esta idea apuntala el pesimismo de los pensadores críticos, puesto que ni siquiera un análisis racional puede contribuir a cambiar la situación.

Una de las preocupaciones de la Escuela Crítica en relación con la cultura es lo que Habermas denominó legitimaciones. Estas se definen como sistemas de ideas generadas por el sistema político, y en teoría, por

cualquier otro sistema, para apoyar la existencia misma del sistema. Están diseñadas para «mistificar» el sistema político, para empañar lo que en realidad está ocurriendo.

Además de estos intereses culturales, la Escuela Crítica también se preocupa por los actores y su conciencia, y por lo que les sucede en el mundo moderno. La conciencia de las masas está controlada por fuerzas externas (como la industria de la cultura). A resultas de lo cual son incapaces de desarrollar una conciencia revolucionaria. Lamentablemente, los teóricos críticos, como la mayoría de los marxistas y los sociólogos, no suelen diferenciar con claridad entre conciencia individual y cultura, ni tampoco suelen especificar los muchos y variados vínculos que existen entre ellas. En buena parte de su trabajo se trasladan del nivel cultural al individual, o viceversa, sin percatarse de ello.

En relación con esta cuestión es harto relevante el esfuerzo realizado por los críticos, en particular Marcuse (1969) que pretende integrar las ideas de Freud acerca de la conciencia (y el inconsciente) en su interpretación de la cultura. Friedman (1981) señala que los teóricos críticos derivan tres perspectivas de la obra de Freud: 1) una estructura psicológica para el desarrollo de sus teorías; 2) una concepción de la psicopatología que les permite entender tanto la influencia negativa de la sociedad moderna como su incapacidad para desarrollar una conciencia revolucionaria; y 3) determinar las posibilidades de liberación psíquica. Uno de las ventajas que proporciona este interés por la conciencia individual es que representa un correctivo al pesimismo de la Escuela Crítica y de su enfoque sobre las constricciones culturales. Aunque la gente está controlada, anestesiada y llena de falsas necesidades, en términos freudianos también disponen de una libido (energía sexual) que proporciona la fuente básica de energía para la acción creativa orientada hacia la destrucción de las principales fuerzas de dominación.

2) Dialéctica. La segunda preocupación positiva de la teoría crítica es su interés por la dialéctica en general, así como por varias de sus manifestaciones específicas. En términos generales, un enfoque dialéctico implica un enfoque sobre la totalidad social. Paul Connerton resume de manera muy adecuada el enfoque crítico sobre la totalidad social: «Ningún aspecto parcial de la vida social y ningún fenómeno aislado puede comprenderse a menos que se le relacione con la historia, con la estructura social concebida como una entidad global». Esto entraña un rechazo del análisis de cualquier aspecto específico de la vida social, especialmente el sistema económico, fuera de su contexto general. Esta modalidad de análisis también implica una preocupación por la interrelación entre los diversos niveles de la realidad social, y lo que es más importante, entre la conciencia individual, la superestructura cultural y la estructura económica. La dialéctica supone también una prescripción metodológica: no puede estudiarse un componente de la vida social aislado de los demás componentes.

Apreciamos en esta idea una perspectiva sincrónica y otra diacrónica. La perspectiva sincrónica nos lleva a preocuparnos por la interrelación entre los componentes de la sociedad dentro de una totalidad contemporánea. La perspectiva diacrónica entraña un interés por las raíces históricas de la sociedad contemporánea, así como por su forma futura (Bauman). La dominación sobre las personas por parte de la estructura social y cultural la sociedad «unidimensional», en términos de Marcuse- es el resultado de un desarrollo histórico específico y no una característica universal de la humanidad. Esta perspectiva histórica se contrapone a la idea generalizada de quienes viven bajo el capitalismo de que el sistema es un fenómeno natural e inevitable. Para los teóricos críticos (como también para otros marxistas), las personas llegan a ver la sociedad como una «segunda naturaleza»; « la sabiduría del sentido común la percibe como un poder ajeno, intransigente, exigente y despótico: precisamente como si tuviera una naturaleza no humana. Para cumplir las reglas de la razón, para comportarse racionalmente, alcanzar el éxito y ser libre, el hombre debe acomodarse a la "segunda naturaleza"» (Bauman).

Los teóricos críticos también se orientan hacia el futuro. Sin embargo, en la línea del propio Marx, rechazan la utopía; antes bien, se centran en la crítica y el cambio de la sociedad contemporánea. Sin embargo, en lugar de ocuparse de la estructura económica de la sociedad, como hizo Marx, se concentran en su superestructura cultural. Su enfoque dialéctico les compromete con el análisis del mundo real. Esto significa en primera instancia que no quedan satisfechos con la simple búsqueda de la verdad en los laboratorios científicos. Pero la prueba última de sus teorías es el grado en que son aceptadas y utilizadas en la práctica. Denominan este proceso autenticación, que se produce cuando las personas que han padecido una comunicación distorsionada adoptan las ideas de la teoría crítica y las utilizan para

liberarse de ese sistema. Esta noción nos lleva a otro aspecto de las preocupaciones de los pensadores críticos: la liberación de la humanidad.

En términos más abstractos, puede afirmarse que los críticos se preocupan por la interacción y la relación entre teoría y práctica. La Escuela de Frankfurt afirma que en la sociedad capitalista han sido separadas (Schroyer). Es decir, un grupo se ocupa de desarrollar teorías en virtud de que se le ha otorgado ese derecho o, lo que es más frecuente, se lo ha tomado, mientras la práctica corresponde a otro grupo menos poderoso. En la mayoría de los casos la obra de los teóricos no refleja lo que ocurre en el mundo real, lo que les lleva a desarrollar un cuerpo pobre y muy irrelevante de teoría sociológica marxista. Es preciso unificar teoría y práctica y restaurar la relación entre ellas. La teoría debe dar forma a la práctica, y la práctica a la teoría, pues en ese proceso se da un enriquecimiento tanto de la teoría como de la práctica.

A pesar de reconocer este objetivo, la mayor parte de la teoría crítica ha fracasado totalmente en su intento de integrar teoría y práctica. De hecho, una de las críticas más famosas que se dirigen a la teoría crítica es que adopta formas de expresión tan complejas que las masas no pueden acceder a ella. Además, comprometida con el estudio de la cultura y la superestructura, aborda una serie de cuestiones sumamente esotéricas y apenas se ocupa de las preocupaciones pragmáticas y cotidianas de la mayoría de las personas.

Uno de los focos de interés dialéctico más conocidos de la Escuela Crítica es el que se asocia a Jurgen Habermas. Su inquietud por la relación entre el conocimiento y los intereses humanos constituye un ejemplo de la orientación dialéctica general hacia la relación entre los factores objetivos y subjetivos. Pero Habermas tuvo la precaución de especificar que los factores subjetivos y los objetivos no podían analizarse aisladamente. Para él, los sistemas de conocimiento existen en el nivel objetivo, mientras los intereses humanos son fenómenos más bien subjetivos.

Habermas distinguió entre tres sistemas de conocimiento y sus correspondientes intereses. Los intereses que yacen y guían cada sistema de conocimiento son generalmente desconocidos para los profanos, y descubrirlos corresponde a los teóricos críticos. El primer tipo de conocimiento es la ciencia analítica o los sistemas científicos positivistas clásicos. Para Habermas, el interés subyacente a esta suerte de sistema de conocimiento es el control técnico, que puede aplicarse al entorno, a otras ciencias o a quienes forman la sociedad. En opinión de Habermas la ciencia analítica se presta con facilidad al aumento del control opresivo. El segundo tipo de sistema de conocimiento es el conocimiento humanista, y su interés es la comprensión del mundo. Opera desde el punto de vista general de que la comprensión de nuestro pasado generalmente nos ayuda a comprender lo que ocurre en la actualidad. Incluye un interés práctico por la comprensión y el entendimiento mutuo. No es ni opresivo ni liberador. El tercer tipo es el conocimiento crítico, con el que comulga la Escuela Crítica en general y Habermas en particular. El interés asociado a este tipo de conocimiento es la emancipación humana, pues se espera que el conocimiento crítico generado por Habermas y otros aumente la autoconciencia de las masas (mediante mecanismos expuestos por los freudianos) e impulse un movimiento social que dará como fruto la ansiada emancipación.

c. Críticas a la teoría crítica

Existen varias críticas a la teoría crítica (Bottomore). Primera, la teoría crítica ha sido acusada de ser altamente ahistórica, de analizar una diversidad de eventos (por ejemplo, el nazismo de los años treinta, el antisemitismo de los cuarenta, y las revueltas estudiantiles de los años sesenta) sin prestar atención a sus contextos históricos comparados. Es esta una dura crítica para cualquier teoría marxista, que debe ser inherentemente histórica y comparada. Segunda, por lo general la Escuela Crítica, como ya hemos visto, ignora la economía. Finalmente y en relación con la segunda crítica, los críticos han tendido a afirmar que la clase trabajadora había desaparecido como fuerza revolucionaria, una postura que se opone radicalmente al análisis tradicional marxista.

Críticas como estas han llevado a marxistas tradicionales tales como Bottomore a concluir que: «La Escuela de Frankfurt, tal y como se fundó, ha muerto como escuela de marxismo o de sociología». Greisman expresó una opinión similar al referirse a la teoría crítica como «el paradigma que fracasó». Pero si como escuela ha muerto, eso se debe a que muchas de sus ideas básicas han encontrado su camino en el marxismo, en la sociología neomarxista e incluso en la corriente principal de la sociología. Así, como señala Bottomore en relación con Habermas, la Escuela Crítica ha emprendido un movimiento de aproximación hacia el marxismo y la sociología, y «simultáneamente se han conservado o desarrollado algunas de sus ideas distintivas».

Si bien es posible que la teoría crítica haya experimentado una cierta decadencia, Jurgen Habermas y sus teorías disfrutaron aún de aceptación. Hasta ahora hemos analizado sólo algunas de sus teorías, pero terminaremos este apartado sobre la teoría crítica con un análisis más detallado de sus ideas.

d. Las ideas de Jurgen Habermas

Una buena manera de comenzar nuestro análisis de las ideas de Habermas es examinar sus opiniones acerca de las teorías de Karl Marx. Como Habermas especificó, su meta durante años ha sido «desarrollar un programa teórico que para mí supone una reconstrucción del materialismo histórico». Habermas adopta el punto de partida de Marx (el potencial humano, el ser genérico, «la actividad sensual humana»). Sin embargo, Habermas (1971) afirma que Marx no distinguió entre dos componentes analíticamente diferentes del ser genérico: el trabajo (la acción racional intencionada) y la interacción (o acción comunicativa) social (o simbólica). Para Habermas, Marx tendía a ignorar esta última y a reducirla al trabajo. De acuerdo con él, el problema de la obra de Marx es la «reducción del acto autogenerativo de la especie humana al trabajo». A lo largo de sus escritos, Habermas atiende a su distinción, pero prefiere utilizar los términos acción racional intencional (trabajo) y acción comunicativa (interacción).

Bajo el término «acción racional intencional», Habermas distingue entre la acción instrumental y la acción estratégica. Ambas implican la persecución calculada del propio interés. La acción instrumental atañe a un sólo actor que calcula racionalmente los medios más adecuados para alcanzar un determinado objetivo. La acción estratégica implica a dos o más individuos que coordinan su acción racional intencional para alcanzar un objetivo. La meta tanto de la acción instrumental como de la estratégica es el dominio instrumental.

A Habermas le interesa más la acción comunicativa, en la que las acciones de los agentes implicados en ella se coordinan no mediante cálculos egocéntricos del éxito sino mediante actos para lograr la comprensión. En la acción comunicativa los participantes no se orientan principalmente hacia su éxito; persiguen sus metas individuales con la condición de que sean capaces de armonizar sus planes de acción sobre la base de definiciones comunes de las situaciones. (Habermas)

Mientras el fin de la acción racional intencional es alcanzar una meta, el objetivo de la acción comunicativa es lograr la comprensión comunicativa.

Es evidente que hay un importante componente lingüístico en la acción comunicativa. Sin embargo, tal acción incluye más componentes que los «actos lingüísticos o las expresiones no verbales equivalentes» (Habermas).

La cuestión clave que alejó a Habermas de Marx es su idea de que la acción comunicativa, no la acción racional intencional (el trabajo) es el más característico y generalizado de los fenómenos humanos. Esa acción (y no el trabajo) constituye el fundamento de toda vida sociocultural, así como de todas las sociedades humanas. Mientras Marx se centró en el trabajo, Habermas lo hizo en la comunicación.

Marx no sólo se centró en el trabajo, sino que tomó el trabajo libre y creativo (el ser genérico) como punto de referencia para analizar críticamente el trabajo en varias épocas históricas, especialmente en el capitalismo. Habermas también adoptó su punto de referencia, pero lo situó en el reino de la acción comunicativa en lugar de en el de la acción racional intencional. El punto de referencia de Habermas es la comunicación no distorsionada, la comunicación exenta de compulsión. Sirviéndose de este punto de referencia Habermas procede a analizar críticamente la comunicación distorsionada. A Habermas le preocupan las estructuras sociales que distorsionan la comunicación, del mismo modo que Marx se interesó por las fuentes estructurales que distorsionan el trabajo. Aunque ambos utilizan puntos de referencia diferentes, tienen puntos de referencia que les permiten evitar el relativismo y expresar opiniones acerca de diversos fenómenos históricos. Habermas critica a aquellos teóricos, especialmente a Weber y a los pensadores críticos anteriores a él mismo, que carecen de un punto de referencia y caen en el relativismo.

Existe otro paralelismo entre los puntos de referencia de Marx y Habermas. Para los dos autores estos puntos de referencia representan no sólo su punto de partida analítico, sino también sus objetivos políticos. Es decir, mientras Marx ansiaba una sociedad comunista en la que el trabajo apareciera por vez primera como algo no distorsionado (el ser genérico), el objetivo político de Habermas es una sociedad de libre comunicación (acción comunicativa). En lo tocante a los objetivos inmediatos, Marx anhelaba la eliminación de las barreras (capitalistas) al trabajo no distorsionado, y Habermas la eliminación de las barreras a la libre comunicación.

Igual que otros teóricos críticos, Habermas (1973), inspirándose en Freud, identifica muchos paralelismos entre lo que los psicoanalistas hacen en el nivel individual y lo que él cree que debe hacerse en el nivel societal. Considera el

psicoanálisis como una teoría de la comunicación distorsionada cuyo objeto es que los individuos se comuniquen de una manera no distorsionada. El psicoanalista intenta encontrar las fuentes de la distorsión en la comunicación individual, es decir, en los bloqueos de la comunicación. Mediante la reflexión, el psicoanalista intenta ayudar al individuo a superar estos bloqueos. De parecida manera, a través de la crítica terapéutica, «una forma de argumentación que sirve para clarificar la autodecepción sistemática» (Habermas), el teórico crítico (y el partido comunista [Habermas] se esfuerza por ayudar a las personas a superar las barreras sociales a la libre comunicación. Así, encontramos una analogía (que muchos críticos creen ilegítima) entre el psicoanálisis y la teoría crítica. Los psicoanalistas ayudan al paciente del mismo modo que los críticos sociales ayudan a los grupos oprimidos de la sociedad.

Como para Marx, la base de la futura sociedad ideal de Habermas existe en el mundo contemporáneo. Es decir, Marx pensaba que hay elementos del ser genérico en el trabajo característico de la sociedad capitalista. Y Habermas cree que hay elementos de la comunicación no distorsionada en todo acto contemporáneo de comunicación.

Esto nos lleva a la cuestión central de la racionalización en la obra de Habermas. Habermas recibe la influencia no sólo de la obra de Marx, sino también de la de Weber. En su trabajo acerca de la racionalización, la distinción de Habermas entre acción racional intencional y acción comunicativa es de suma importancia. Para él, una buena parte del trabajo previo se ha centrado en la racionalización de la acción racional intencional, que ha provocado un desarrollo de las fuerzas productivas y un incremento del control tecnológico sobre la vida. (Habermas). Esta forma de racionalización, como para Weber y para Marx, es un problema importante, quizás el más importante, del mundo moderno. Sin embargo, el problema es la racionalización de la acción racional intencional, no la racionalización en general. De hecho, para Habermas, la solución al problema de la racionalización de la acción racional intencional reside en la racionalización de la acción comunicativa. La racionalización de la acción comunicativa conduce a la liberación de la dominación sobre la comunicación, a una comunicación libre y abierta. La racionalización implica aquí emancipación, «la destrucción de las barreras a la comunicación» (Habermas). Es en esta cuestión donde se enmarca el trabajo anteriormente mencionado de Habermas acerca de las legitimaciones y, más en general, de la ideología. Es decir, estas son las dos causas principales de la distorsión de la comunicación, causas que deben eliminarse si se desea lograr una comunicación libre y abierta.

En cuanto a las normas sociales se refiere, esta racionalización entraña una menor represión y rigidez normativa, que conduce al aumento de la flexibilidad y la reflexión individual. El desarrollo de este nuevo sistema normativo, menos restrictivo o no restrictivo se ubica en el núcleo de la teoría de la evolución social de Habermas. En lugar de un nuevo sistema de producción, para Habermas (1979) la racionalización conduce a un nuevo sistema normativo menos distorsionador. Muchos han acusado a Habermas, crítica que él ha interpretado como una comprensión errónea de su postura, de haber roto con las raíces marxistas en el cambio del nivel material al normativo.

Para Habermas, la fase final de esta evolución es una sociedad racional. Aquí la racionalidad supone la supresión de las barreras que perturban la comunicación y, en términos más generales, implica un sistema de comunicación en el que las ideas se exponen y se defienden abiertamente frente a las críticas; en el curso de la argumentación se desarrolla un acuerdo carente de constricciones. Pero para comprender mejor esta idea es preciso que el lector conozca más detalles acerca de la teoría de la comunicación de Habermas.

Habermas distingue entre la acción comunicativa, estudiada anteriormente, y el discurso. Mientras la acción comunicativa se produce en la vida cotidiana, el discurso es esa forma de comunicación alejada de los contextos de la experiencia y la acción cuya estructura nos asegura: que la condición de validez de las afirmaciones, recomendaciones o advertencias constituye el objeto exclusivo de la discusión; que los participantes, temas y aportaciones no conocen otro límite que el que se refiere a la meta de la comprobación de la validez en cuestión; que no se ejerce fuerza alguna salvo la de un argumento mejor; y que se excluyen todos los motivos excepto el de la búsqueda cooperativa de la verdad. (Habermas)

En el mundo teórico del discurso se encuentra, aunque escondida, y oculta tras las acciones comunicativas, la «situación discursiva ideal» en la que ni la fuerza ni el poder determinan la victoria de un argumento; es el mejor argumento el que gana. El peso de la evidencia, y la validez de la argumentación determinan lo que es válido o verdadero. Los argumentos que surgen de tal discurso (y con los que están de acuerdo los participantes) son verdaderos. Así, Habermas adopta una teoría consensual de la verdad (más que una teoría de la verdad como copia [«realista»]). Esta verdad forma parte de toda comunicación, y su expresión plena es la meta de la teoría de la evolución de Habermas. Como Thomas McCarthy señaló: « En última instancia, la idea de la verdad hace referencia a una forma de interacción exenta de cualquier influencia distorsionadora. La "vida buena y verdadera", la meta de la teoría crítica, es inherente a la noción de la verdad; está implicada en todo acto comunicativo».

El consenso surge teóricamente en el discurso (y preteóricamente en la acción comunicativa) cuando se dan cuatro condiciones de validez aceptadas por todos los participantes. Primera, la exposición del hablante ha de ser aceptadamente comprensible. Segunda, las proposiciones ofrecidas por el hablante han de ser verdaderas; es decir, el hablante ha de ofrecer un conocimiento fiable. Tercera, el hablante ha de ser veraz en sus proposiciones; el hablante es fiable. Cuarta, el hablante ha de disponer del derecho a expresar esas proposiciones. El consenso surge cuando se dan y se aceptan estas cuatro condiciones de validez; se rompe cuando se ponen en cuestión una o varias (por ejemplo, cuando se cuestiona el derecho del hablante a expresar ciertas proposiciones). Volviendo a algo que ya hemos planteado antes, en el mundo moderno hay fuerzas que distorsionan este proceso, que impiden la emergencia del consenso, y que deben ser eliminadas para alcanzar la sociedad ideal de Habermas.

Así, Habermas ha desarrollado por sí mismo una importante variante de la tradición de la teoría crítica que, aunque se enmarca dentro de la teoría crítica y, en términos generales, de la tradición marxista, tiene una serie de elementos bastante distintivos. Además, Habermas sigue desarrollando su teoría y recientemente se ha movido hacia nuevas e interesantes direcciones que llevan su teoría más allá de la teoría crítica y marxista.

4. Marxismo Estructural

El marxismo estructural suele relacionarse con un grupo de pensadores franceses, por lo que a veces se le denomina «estructuralismo francés». Sin embargo, como tiene también numerosos seguidores fuera de Francia, llamamos a esta escuela de pensamiento marxismo estructural.

Como su nombre sugiere, el marxismo estructural representa la fusión de dos escuelas: el marxismo y el estructuralismo. El estructuralismo se ocupa del análisis de las estructuras ocultas y subyacentes a la vida social. Más adelante veremos que el estructuralismo incluye una amplia serie de complicadas ideas. De lo que se trata aquí es de analizar el marxismo estructural como una variante del marxismo.

a. Crítica de otras teorías marxistas

Un buen punto de partida para estudiar el marxismo estructural es comenzar por analizar sus críticas a otras teorías marxistas. En general, los marxistas estructurales se consideran a sí mismos como los más fieles a la obra de Marx, especialmente a su obra madura. Además de cuestionar la pureza de otros teóricos marxistas, los marxistas estructurales les hacen críticas más específicas (Burris).

- 1) En primer lugar, los marxistas estructurales critican la tendencia de muchos marxistas a acentuar los datos empíricos en sus análisis. En opinión de marxistas estructurales como Godelier, las realidades verdaderamente importantes de la vida capitalista se encuentran en su estructura subyacente y no en los hechos observables que, con frecuencia, oscurecen la verdadera naturaleza de esa estructura.
- 2) En segundo, los marxistas estructurales rechazan la tendencia de muchos marxistas hacia la investigación histórica porque, para ellos, el historicismo se centra también en los datos empíricos e ignora la estructura subyacente. Rechazan también el historicismo porque creen que la tarea primordial del marxismo es el estudio de la estructura contemporánea. Sólo tras la comprensión de la estructura básica del mundo contemporáneo podemos comenzar a entender los procesos históricos. Curiosamente, esta idea recuerda la postura de un crítico destacado de la teoría marxista, Talcott Parsons, que también señalaba que el estudio de la estructura constituía un prerrequisito para cualquier teoría de la historia y el cambio social.
- 3) En tercero, los marxistas estructurales critican duramente el determinismo económico reduccionista que caracteriza a algunas teorías marxistas. Aunque los marxistas estructurales perciben la importancia de la economía, e incluso la consideran determinante «en última instancia», también dan importancia a otros sectores del mundo social, en especial a la política y la ideología. Poulantzas, por ejemplo, rechazó la idea de que el estado es un mero reflejo de la economía, ya que consideraba que poseía «autonomía relativa». Más específicamente, se opuso a los deterministas que afirmaban que el desarrollo económico se seguiría de cualquier tipo de estado que existiera. En otras palabras, criticaba a los que afirmaban que no había diferencia alguna entre el fascismo y la democracia. Poulantzas concluía: «Aquí, como en todas partes, las formas que adopta la dominación burguesa distan de ser indiferentes».

Poulantzas se destacó por su crítica a la postura pasiva de los teóricos marxistas que afirmaban que el fascismo se desmoronaría a resultas de sus propias contradicciones internas y que no había necesidad alguna de actuar contra las sociedades fascistas. También criticaba a los que sostenían que el imperialismo constituía simplemente un fenómeno económico. Para él se trataba de un proceso mucho más complejo que implicaba aspectos económicos, políticos e ideológicos. Aunque Poulantzas (y otros marxistas estructurales) reconocían la importancia de la economía, señalaba que en cualquier momento otras estructuras sociales podían desplazarla de su posición dominante.

Finalmente, los marxistas estructurales critican la tendencia de muchos marxistas (especialmente de los teóricos críticos) a subjetivizar y humanizar su campo de estudio. Como Jay señaló, los marxistas estructurales «rechazan altivamente la concepción humanista y subjetivista del marxismo». Para los estructuralistas, lo importante son las estructuras objetivas de la sociedad -la economía, la política y la ideología- y no los actores humanos que componen esas estructuras. Así, los estructuralistas rechazan la interpretación humanista de la teoría de Marx; el esfuerzo por recuperar las preocupaciones históricas de Marx; el interés por las obras más humanistas de Marx (por ejemplo, Los manuscritos de 1844); el énfasis en las raíces hegelianas de la teoría marxista; y el acento en los actores voluntaristas, sus sentimientos, sus relaciones interpersonales, o incluso sus esfuerzos conscientes por la autoorganización (Appelbaum). Por ejemplo, en lugar de ver las clases sociales compuestas de actores voluntaristas, los estructuralistas las ven como «relaciones objetivamente antagonistas» (Burris). Althusser describió la importancia de las estructuras y el hecho de que los actores estén determinados por esas estructuras:

La estructura de las relaciones de producción determina las posiciones que ocupan y las funciones que desempeñan los agentes de producción, los cuales son, exclusivamente, ocupantes de esas posiciones, en la medida en que son «soportes»... de las funciones. Los verdaderos «sujetos» (en el sentido de sujetos constituyentes del proceso) no son, por tanto, estos ocupantes o funcionarios... sino las relaciones de producción (y las relaciones sociales políticas e ideológicas). (Althusser)

En suma, el rechazo del marxismo humanista expresa claramente el interés central de los estructuralistas por las estructuras de la sociedad capitalista. Expondremos ahora las premisas del marxismo estructural en términos más positivos.

b. Principios del marxismo estructural

Los marxistas estructurales se orientan hacia el estudio de las estructuras ocultas subyacentes a la sociedad capitalista. Aunque su preocupación básica no son las estructuras «reales», piensan que hay estructuras reales en el mundo que constriñen o determinan la acción y el pensamiento de los actores. Los marxistas estructurales aceptan la importancia de la economía, pero también les preocupan otras estructuras. Es más, aun aceptando la idea de la economía como elemento determinante en última instancia, rechazan la reducción de otras estructuras y su consideración como meros reflejos de aquélla. De hecho, los marxistas estructurales no sólo dan importancia a la política y la ideología, también las creen dotadas de una «autonomía relativa». Estas estructuras pueden seguir procesos de desarrollo bastante independientes y pueden, en un momento determinado, convertirse en fuerzas dominantes de la sociedad.

Cualquiera que sea la estructura de la que se ocupen, los marxistas estructurales consideran que los actores constituyen meros ocupantes de las posiciones de esas estructuras, es decir, que están constreñidos por esas estructuras. A pesar de las implicaciones pasivas de este punto de vista, los estructuralistas se niegan, como marxistas que creen en la práctica, a concluir que las personas deben sentarse a esperar que llegue el desmoronamiento del sistema estructural. Como Poulantzas señaló: «Si nos limitamos a esperar, jamás llegaremos a ver el «gran día», sino sólo los tanques durante algunos momentos de la mañana».

La idea de la ruptura de las estructuras de la sociedad refleja otra preocupación central de los marxistas estructurales: las contradicciones del sistema. Estos tienden a ocuparse de las contradicciones entre las estructuras, más que de las contradicciones a las que se enfrenta el actor.

Los marxistas estructurales acentúan la investigación teórica frente a la empírica. Evidentemente, como las estructuras son invisibles, presuponen que sólo pueden reconocerse teóricamente; por tanto, la investigación empírica es incapaz de desvelarlas.

En parte por la misma razón los marxistas estructurales se centran en la sociedad contemporánea. Dan escaso crédito a los datos históricos o a la investigación histórica y juzgan prioritario el estudio de las estructuras estáticas

frente al de los procesos históricos; la historia sólo puede entenderse y conocerse una vez comprendida la estructura contemporánea.

c. Reanálisis de Marx: la obra de Luis Althusser

El trabajo de Louis Althusser se define principalmente por la naturaleza de su enfoque sobre la obra de Marx. Althusser creía que la mayoría de los marxistas no había interpretado sus ideas adecuadamente; de hecho pensaba que las habían violentado. Y se propuso remediar este problema desarrollando lo que él creía una lectura «correcta» de la obra de Marx. La mejor manera de analizar el trabajo de Althusser es ubicarlo en el contexto del debate en torno a la obra de Marx.

Uno de los aspectos del debate es si Marx adoptó una postura intelectual coherente durante toda su vida (Veltmeyer). Esta cuestión guarda relación con la de si Marx es un pensador determinista o un pensador estructural, humanista o dialéctico. Los marxistas que consideran a Marx un estructuralista se centran en su obra madura, particularmente en *El capital* (1867-1967). Otros se centran en lo que consideran una perspectiva más humanista que se encuentra en la continuidad esencial entre *El capital* y *Los manuscritos de economía y filosofía de 1844*. De hecho, es posible encontrar numerosas pruebas en la obra de Marx que respaldan ambas interpretaciones.



Louis Althusser El 16 de noviembre de 1980, Louis Althusser, un renombrado marxista estructural francés, entraba corriendo en pijama en el patio de la escuela donde enseñaba desde hacía muchos años gritando que acababa de matar a su esposa. Los que fueron a su casa encontraron estrangulada a su mujer Héléne, una socióloga que destacaba por méritos propios. Althusser, que había padecido graves depresiones (Benton), había permanecido cuatro meses hospitalizado antes del asesinato. En lugar de ser llevado a prisión, se le internó en un hospital. El juez que fue al hospital a comunicarle que estaba acusado de asesinato le encontró tan profundamente deprimido que le consideró incapaz de entender la información que le estaba comunicando o de responder alguna pregunta acerca del suceso. En 1981 le absolvieron de la acusación de asesinato al considerarle loco, y le internaron en un hospital psiquiátrico donde permaneció hasta 1984.

Althusser nació el 16 de octubre de 1918 en Argelia y pasó cinco años encarcelado como prisionero de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Tras la Segunda Guerra Mundial terminó sus estudios en la *Ecole Normale Supérieure* donde, más tarde, ocuparía un puesto de profesor de filosofía.

Antes de la guerra Althusser era políticamente conservador y un católico activo, pero tras la guerra comulgó con las ideas y la práctica del comunismo. En 1948 se incorporó formalmente al Partido Comunista Francés. Más tarde comenzó a ser famoso como figura política y también como intérprete destacado de las ideas de Karl Marx. En sus obras más famosas, *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital*, se encuentra la idea de la existencia de una gran discontinuidad en la obra de Marx. Althusser sostenía que mientras el joven Marx era humanista y filósofo, el Marx maduro se caracterizaba por un mayor rigor e importancia científica. Althusser se labró una reputación como escritor y se mostró relativamente inactivo en la vida política francesa. Por ejemplo, apenas participó en la rebelión estudiantil francesa de 1968, acontecimiento muy relevante de la reciente historia francesa. Su ausencia de la actividad política era infrecuente en un marxista comprometido con la integración de la teoría y la práctica.

En los últimos años, Althusser comenzó a criticar al Partido Comunista Francés y al comunismo soviético. Poco antes de su muerte hizo el siguiente comentario acerca del stalinismo: «Los líderes soviéticos aún se niegan a aplicar a ese gigantesco error el análisis marxista, que ha sido enterrado junto con sus millones de víctimas y silenciado por el estado» (Pace). Althusser murió el 22 de octubre de 1990 en un centro geriátrico de las afueras de París.

Althusser participa en el debate sobre los «dos Marx», o «lo que distingue el objeto de *El capital*... del objeto... de *Los manuscritos de 1844*» (Althusser y Balibar). Para Althusser, *Los manuscritos de 1844* fueron escritos por un Marx que estaba profundamente influido por Hegel, la filosofía, el humanismo y preocupado por el efecto devastador de las condiciones alienadoras del capitalismo sobre el individuo. Desde el punto de vista de Althusser, estas preocupaciones eran acientíficas y requerían ser superadas si se quería desarrollar el materialismo científico (Anderson). Las bases filosóficas, humanistas e históricas de la obra temprana de Marx le condujeron a centrarse en un actor activo, creativo y

libre. En opinión de Perry Anderson, esta visión era anatema para Althusser. «El engaño arquetípico consistía en que los hombres creían que disponían en todo momento de libre albedrío, cuando en realidad estaban permanentemente gobernados por leyes de cuya existencia no se percataban». Althusser creía que el núcleo de la teoría de Marx residía en la estructura de la sociedad y en las leyes que gobiernan el funcionamiento de estas estructuras, más que en los actores libres. En su opinión, este enfoque se manifiesta claramente en *El capital*. Como señaló Althusser: «Si nos tomamos en serio lo que Marx nos dijo acerca de la dialéctica real de la historia, no son los "hombres" los que hacen la historia, aunque la dialéctica de la historia se realiza en ellos y en su práctica, sino las masas en las relaciones de la lucha de clases».

Althusser afirmaba que había una clara «ruptura epistemológica» en la historia de la obra de Marx y que Marx cambió de forma muy drástica desde la subjetividad filosófica (una perspectiva ideológica) hacia la teoría abstracta (una perspectiva científica) (Benton). Aunque detalló una serie de subfases, Althusser dividía básicamente la obra de Marx en obras anteriores y posteriores a 1845. Antes de 1845, su fase ideológica, Marx era fundamentalmente un filósofo humanista, pero después de esta fecha, en su fase científica, adoptó una orientación más científica. Althusser señalaba que en 1845 Marx hizo «un descubrimiento científico sin precedentes en cuanto a su naturaleza y efectos... Marx estableció una nueva ciencia: la ciencia de la historia de las "formaciones sociales"».

Desde el punto de vista de Althusser, en 1845 «Marx rompió radicalmente con todas las teorías que fundamentaban la historia y la política en la esencia del hombre». Identificó tres elementos en este brusco cambio de pensamiento. En primer lugar, Marx desarrolló toda una serie nueva de conceptos científicos estructurales tales como las formaciones sociales, la superestructura, las relaciones de producción y las fuerzas de producción que sustituían ideas tales como la alienación, el ser-genérico y otros conceptos humanistas. En segundo lugar, Marx emprendió una crítica teórica de todas las variantes del humanismo filosófico. En tercero, Marx definió el humanismo como una forma de ideología: un sistema de ideas elitista y distorsionado. Y Althusser concluía: «Esta ruptura con todo humanismo filosófico... no constituye un dato secundario; es el descubrimiento científico de Marx».

La postura de Althusser constituye algo así como un regreso al pensamiento económico y mecanicista predominante en las teorías comunistas antes de la Revolución Rusa de 1917. El predominio de esta perspectiva se debió, en parte, a que los estudiosos marxistas podían acceder más fácilmente a *El capital*, que era fácil interpretar de manera mecanicista, que a *Los manuscritos de 1844*, que no vieron la luz hasta 1932. Sin embargo, como vimos al principio del capítulo, ya existían críticos (por ejemplo, Gramsci) del marxismo mecanicista antes de que se publicaran sus obras más humanistas. La imagen humanista del marxismo que defendía Gramsci era anatema para Althusser, quien la consideraba característica del joven Marx.

La publicación tardía de siete cuadernos de notas de Marx escritos en el invierno de 1857-1858 y conocidos ahora como los *Grundrisse* influyó poderosamente en el debate. Aunque se publicaron en dos partes, en 1939 y 1941 en la Unión Soviética, el original alemán no vio la luz hasta 1953, y la versión inglesa hubo de esperar hasta 1974. Muchos observadores creen que los *Grundrisse* tienden a apoyar la interpretación gramsciana de Marx antes que la de Althusser. Ollman se expresó con claridad acerca de esta cuestión: «Los *Grundrisse*... que constituyen el primer borrador de *El capital*, contienen numerosas páginas extraídas íntegramente de *Los manuscritos de 1844*. Incluso en la versión publicada de *El capital*, hay una mayor cantidad de conceptos e ideas del «joven» Marx que la que se reconoce generalmente». Ollman no quería decir que las ideas de Marx hubieran sido siempre las mismas, pero sí que existía una evolución en las ideas que se hacía evidente ya en sus primeras obras. Esta idea ha recibido la aceptación de muchos estudiosos marxistas, pero algunos, como Althusser, seguían considerando a Marx un determinista estructural.

Además de intentar desarrollar una interpretación estructural de la obra de Marx, Althusser se esforzó también por derivar de ella un análisis estructural de la sociedad capitalista. Para empezar, Althusser adoptó la postura de que la economía era determinante «en última instancia». Con seguridad esta postura es más débil que la que adoptaron los deterministas económicos. Pero a pesar de la importancia básica de la economía, otros componentes estructurales de la sociedad capitalista tienen también una importancia considerable.

Como hemos mencionado más arriba, Althusser concebía la sociedad capitalista como una formación social, una totalidad compleja y concreta en un punto específico de su desarrollo histórico. Es esta una concepción estática y ahistórica de la sociedad capitalista.

Althusser también examinó los principales componentes de la formación social. En su análisis rechazaba la dicotomía simple entre base y superestructura. Para Althusser las superestructuras de la sociedad capitalista no eran un mero reflejo de la base económica; antes bien, disponían de autonomía relativa y podían incluso erigirse como

dominantes en cualquier momento. Sin lugar a dudas, al final la economía es dominante. En su opinión, una formación social se compone de tres elementos básicos: la economía, la política y la ideología. La interacción de estos componentes estructurales constituye el conjunto social en cualquier momento.

Como marxista que era, Althusser se preocupó por las contradicciones que existían entre estas entidades estructurales. Esta inquietud le indujo a desarrollar, a partir de la obra de Lenin y Mao, el concepto de sobredeterminación. Sobredeterminación significa que una contradicción dentro de una formación social no puede disolverse por sí misma, porque influyen en ella otras contradicciones dentro de la sociedad. Esta interpretación de las contradicciones le llevó a la idea de que las sociedades no evolucionan uniformemente; siempre se produce un desarrollo desigual. La idea del desarrollo desigual dentro de los diferentes componentes de la formación social permitió a Althusser alejarse de las posiciones totalmente deterministas. Los actores están determinados por las estructuras, pero debido al desarrollo desigual, las formaciones sociales no están totalmente determinadas. Las contradicciones en el seno de la formación social confieren su cualidad dinámica a las formaciones de Althusser. A resultas de ello, el desarrollo de las sociedades no puede explicarse mediante un único determinante. Esta idea le permitió criticar a los deterministas económicos.

Es el «economicismo» (mecanicismo) y no la verdadera tradición marxista el que establece de una vez por todas una jerarquía de instancias, asigna a cada una su esencia y su papel y define el significado universal de sus relaciones; es el economicismo el que identifica roles y actores eternamente, sin percatarse de que la necesidad del proceso reside en un intercambio de papeles «de acuerdo con las circunstancias». (Althusser)

Althusser arremetió contra los deterministas económicos por que suponían el predominio eterno de los factores económicos y relegaban otros factores, como la política y la ideología, a un papel secundario. Para él, existía la posibilidad de que otras instituciones sociales diferentes de la economía (por ejemplo, la política) ocuparan, al menos durante algún tiempo, una posición predominante. Además, era preciso considerar las relaciones entre las diversas instituciones sociales. Por tanto, puede afirmarse que Althusser tenía una idea determinista de los actores, pero no de las estructuras; había una dialéctica entre las estructuras.

d. Nicos Poulantzas: economía, política e ideología

Nicos Poulantzas se cuenta entre los principales marxistas estructurales contemporáneos, y tiene mucho en común con Althusser y otros marxistas estructurales franceses. Sin embargo, mientras Althusser es conocido fundamentalmente por su análisis crítico de los textos de Marx, a Poulantzas se le reconoce su análisis del mundo real y de cuestiones tales como la clase social, el fascismo y la dictadura. Poulantzas desarrolló una crítica no sólo del economicismo (determinismo económico) sino también del estructuralismo de Althusser y sus colegas. Se consideraba diferente, al menos en algunos sentidos, de otros pensadores de la escuela del marxismo estructural. Por ejemplo, Poulantzas (1975) intentó resueltamente desarrollar una teoría concreta y su participación en actividades revolucionarias fue mayor que la de otros marxistas estructurales. De hecho, en el transcurso de su vida se alejó gradualmente del modelo estructuralista de análisis (Jessop). Además, Poulantzas (1975) no intentó desarrollar una teoría general porque no se creía capaz, ni a él mismo ni a otros teóricos, de llevar a cabo semejante empresa.

No obstante, Poulantzas compartía con otros marxistas estructurales una serie de orientaciones. Por ejemplo, rechazaba el economicismo de los primeros marxistas (Poulantzas). Pero no sólo rechazaba el marxismo economicista, sino también el marxismo hegeliano y la Escuela Crítica por el énfasis que ponían en los factores subjetivos. Poulantzas se negó especialmente a reconocer la importancia de los actores individuales y sus motivaciones.

En el núcleo de la obra de Poulantzas y en el del marxismo estructural en general reside la idea de que el capitalismo moderno tiene tres componentes principales: el estado, la ideología y la economía. Poulantzas adoptó una perspectiva realista de estas estructuras y, a diferencia de otros marxistas estructurales, las analizó empíricamente en sus obras. Sin embargo, su principal aportación va más allá del detalle empírico y se encuentra en el análisis teórico que se requiere para desvelar las estructuras ocultas de la sociedad capitalista. Una de sus ideas teóricas clave (Jessop, 1985), de nuevo compartida por otros marxistas estructurales, es la de la autonomía relativa, la idea de que las diversas estructuras de la sociedad capitalista son relativamente independientes unas de otras. Poulantzas aplicó esta idea con una perspectiva más amplia que muchos otros pensadores. Afirmaba que el estado capitalista se caracterizaba por «la separación relativa entre lo económico y lo político y la relativa autonomía del estado frente a las clases dominantes» (Poulantzas). Lo mismo puede afirmarse en relación con la economía y la ideología. La extensión de Poulantzas de esta

idea de la autonomía relativa a otras áreas de la sociedad caracteriza su pensamiento. Analizó, por ejemplo, la autonomía relativa de los diversos componentes de una clase social tales como «varias camarillas, fracciones y clanes» (Poulantzas). Poulantzas percibía una interrelación entre todos los componentes estructurales de la sociedad capitalista, sin dejar de acentuar la autonomía relativa de cada uno de ellos.



Nicos Poulantzas Nacido el 21 de septiembre de 1936 en Atenas, Nicos Poulantzas se convirtió en el «teórico marxista del estado y la política más importante e influyente en el periodo de la posguerra» (Jessop). Su padre era profesor y una figura destacada en la sociedad griega. Estudiante precoz, Poulantzas aprendió francés en su adolescencia y recibió su diploma de bachiller superior en 1953, a la edad de diecisiete años. Ingresó luego en la Facultad de Derecho de la Universidad de Atenas y terminó su doctorado en 1957. Si se doctoró en derecho no fue porque esta carrera le interesara mucho, sino porque eso le permitía estudiar filosofía y ciencias sociales. Aunque participó algo en la política de izquierdas durante este periodo, Poulantzas aún no se había convertido al marxismo. Tras tres años en la marina griega, Poulantzas fue admitido por el Colegio de Abogados, pero nunca practicó la abogacía. Antes

bien, marchó al extranjero en busca de una carrera académica y encontró el camino para hacerlo en París. Poulant.

Poulantzas se incorporó a la Sorbona en 1960, donde obtuvo una codiciada ayudantía y enseñó derecho hasta 1964. Terminó su tesis doctoral en ese año, y mientras la acababa participó activamente en la vida intelectual francesa y entabló estrechas relaciones con personas como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Se casó con una joven novelista, Annie Leclerc en 1966 con la que tuvo una hija en 1970.

Durante las décadas de 1960 y 1970 Poulantzas se fue comprometiendo con el marxismo y participó cada vez más activamente en la política. Permaneció en Francia y sus ideas se inspiraron en la vida intelectual francesa, aunque también siguió manteniendo relación con Grecia. Escribió sobre cuestiones relevantes de los acontecimientos que ocurrían en su país y se hizo militante del partido comunista griego. Pero como Jessop señaló: «Solía reaccionar ante los acontecimientos griegos con ojos franceses».

A finales de los años sesenta, los escritos de Poulantzas empezaron a atraer la atención internacional. También empezó a enseñar sociología en una universidad experimental francesa. Publicó prolíficamente durante los años sesenta y setenta y participó activamente tanto en la vida política francesa como en la griega. Poulantzas se suicidó el 3 de octubre de 1979. Desde esa fecha su obra disfruta de una audiencia internacional y se considera que su teoría es una de las perspectivas neomarxistas más relevantes.

Esta idea conduce a otro aspecto distintivo de la obra de Poulantzas: su análisis de los diversos componentes de muchas de las estructuras que estudió. No era propenso a pensar en las estructuras como totalidades unificadas, sino que las consideraba constituidas por una serie de subestructuras. En lo tocante a esta cuestión, su idea más conocida es la de las facciones de las clases sociales (Poulantzas). En otras palabras, una clase social no es una totalidad unificada, sino que está compuesta de diversas subunidades (Poulantzas). Asimismo, hablaba de la existencia de subunidades dentro de las estructuras políticas e ideológicas, a las que denominaba categorías que «se definían principalmente por el lugar que ocupan en las relaciones políticas e ideológicas. Por ejemplo, entre estas categorías se cuentan la burocracia estatal, definida por su relación con el aparato del estado, y los intelectuales, definidos por su rol en la elaboración y el desarrollo de la ideología» (Poulantzas). También distinguió entre las diversas subunidades dentro del estado (aparatos), cuya principal función era mantener política e ideológicamente la cohesión social. Entre esas subunidades figuran los aparatos estatales represores tales como el ejército y las prisiones, así como aparatos estatales ideológicos, por ejemplo, la educación y la cultura (Poulantzas). Así, Poulantzas tenía una imagen mucho más complicada de las estructuras del capitalismo y sus numerosas subestructuras que la de muchos de sus colegas marxistas.

Poulantzas fue cauteloso a la hora de hacer estas distinciones estructurales, porque creía que toda estructura tenía consecuencias sociales relativamente autónomas. Además, todas tenían, al menos, el potencial de desempeñar en algún momento un papel central en la sociedad (Poulantzas).

La reflexión de Poulantzas acerca de las contradicciones partió de su imagen pluralista de las estructuras de la sociedad capitalista. Al igual que otros marxistas estructurales, Poulantzas no se limitó a llevar a cabo el análisis de las contradicciones económicas, sino que se interesó también, entre otras cosas, por las contradicciones entre la economía, la política y la ideología. Sin embargo, fue aún más lejos y examinó las contradicciones entre las diversas fracciones,

categorías y aparatos dentro de cada una de estas unidades estructurales básicas. Por ejemplo, Poulantzas afirmaba «que todo estado burgués está fragmentado por las contradicciones entre sus diversos aparatos y ramas (y no sólo entre los partidos políticos), que constituyen las bases organizativas de unas u otras fracciones y componentes del bloque de poder».

El interés teórico principal de Poulantzas, y el de la mayoría de los marxistas estructurales, era la interrelación entre los tres componentes fundamentales de la sociedad capitalista. Por ejemplo, vinculó el estado y la ideología afirmando que a la larga el estado no puede ejercer su función de dominación mediante la represión exclusivamente; ésta siempre va acompañada de cierta dominación ideológica (Poulantzas).

Poulantzas también vinculó la ideología y la economía. El más importante papel de la ideología, que se expresa en el proceso de socialización, es formar a las personas para que ocupen diversas posiciones y ocupaciones en el sector económico. Aunque daba importancia a la socialización, tuvo la precaución de señalar que una sociedad capitalista no sólo debe producir (socializar) personas para que ocupen posiciones, sino también debe producir constantemente las posiciones para que sean ocupadas por esas personas. Para subrayar su orientación estructuralista, Poulantzas estableció claramente que lo más importante eran las posiciones estructurales y no los actores y su socialización:

Aunque es cierto que los agentes mismos deben reproducirse «formados» y «sometidos» para ocupar ciertas posiciones, es cierto también que la distribución de los agentes no depende de sus propias oportunidades y aspiraciones, sino de la reproducción de esas mismas posiciones. Esto se debe a que el aspecto principal de la determinación de clase son las posiciones, y no los agentes que ocupan esas posiciones. (Poulantzas)

Si bien reconocía la importancia de la socialización, Poulantzas distinguió su postura de la que habían adoptado muchos sociólogos que afirmaba que los factores ideológicos eran mucho más importantes de lo que él estaba dispuesto a reconocer.

En relación con la cuestión de los vínculos entre el estado y la economía, Poulantzas señaló que en la fase del capitalismo monopolista el estado adquiere una importancia decisiva. Esta idea se deriva lógicamente de su posición más general según la cual «el capitalismo jamás atravesó una fase en la que el estado no hubiera desempeñado un papel económico importante» (Poulantzas).

En términos más generales Poulantzas se interesaba por la interrelación entre las tres estructuras básicas del capitalismo. Por ejemplo, señaló que el imperialismo «no es un fenómeno que pueda reducirse al desarrollo económico... El imperialismo es un fenómeno con implicaciones económicas, políticas e ideológicas» (Poulantzas). Es esta otra manera de expresar su rechazo del determinismo económico simplista de muchos marxistas. Para él, la superestructura, constituida por «formas ideológicas y jurídico-políticas... interviene decisivamente en el proceso de producción» (1974: 41). Tal noción pluralista llevó a Poulantzas, como a Althusser, a la idea del desarrollo desigual del sistema capitalista. Y ello, a su vez, imprimió a su obra una dialéctica en el nivel estructural que le permitió, como a Althusser, evitar una postura totalmente determinista.

Concluimos este análisis de la orientación de Poulantzas mencionando su trabajo sobre las clases sociales. Como estructuralista, Poulantzas afirmaba, de acuerdo con Andor Skotnes, que «las clases sociales están estructuralmente determinadas; existen objetivamente, independientes de la voluntad y la "conciencia" de sus miembros» (1979: 35). Sin embargo, las clases no están totalmente determinadas por las estructuras económicas (Poulantzas, 1974), sino también por factores ideológicos y políticos. Poulantzas se esforzó enormemente por evitar el eterno problema de los estructuralistas, la idea estática de las clases sociales. Afirmaba que las clases sociales estaban determinadas exclusivamente en el proceso constante de la lucha de clases, que se divide en la lucha económica, política e ideológica. Las clases se constituyen a partir de la confluencia de estas luchas.

Poulantzas tuvo la precaución de distinguir entre el análisis general de las clases sociales y el de las posiciones de clase en cualquier coyuntura histórica. En cualquier punto determinado de la historia, las clases o las fracciones de clase pueden adoptar posiciones que no se corresponden con la posición estructural general de aquéllas. Una aristocracia obrera, por ejemplo, puede identificarse con la burguesía, o miembros de la clase media pueden ocupar posiciones características del proletariado. Sin embargo, se trata de desarrollos históricos transitorios que no concuerdan con la estructura general de la lucha de clases. Existe la posibilidad de que se produzcan desviaciones en el transcurso de la historia. Esta idea confiere flexibilidad y dialéctica al marxismo estructural de Poulantzas.

e. Reacciones críticas al marxismo estructural

El marxismo estructural ha sido objeto de numerosas críticas por parte de otros marxistas. Primero, se le ha calificado de ahistórico. E.P. Thompson señaló que «el estructuralismo de Althusser es un estructuralismo estático, que se aleja del método histórico de Marx». Val Burrell afirmó que los marxistas estructurales habían malinterpretado estructuras históricamente específicas y las habían considerado «principios universales de organización social» (1979: 16). Segundo, se les ha criticado por defender ciegamente el cientifismo (Appelbaum). Tercero, el marxismo estructural ha sido calificado de elitista, ya que sólo los científicos y militantes del partido comunista son capaces de entender la verdad sobre el mundo social. Cuarto, se ha señalado que ignoran al actor y la conciencia. Quinto, han prestado escasa atención a la investigación empírica (Miliband). Y sexto, han sido acusados de deterministas.

Curiosamente, algunos críticos han encontrado relaciones entre el marxismo estructural y las teorías sociológicas que muchos marxistas condenan: el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto (Appelbaum). Incluso Jessop ha llegado a criticar el «funcionalismo implícito» de ciertos aspectos de la obra de Poulantzas. En la línea de Jessop, Nancy DiTomaso ha identificado claras semejanzas entre la obra de Althusser y la de Parsons.

El marxismo estructural constituye uno de los desarrollos más polémicos de la teoría neomarxista. Incluye una dura crítica de otras variantes de la teoría marxista y ha sido duramente atacado por marxistas pertenecientes a otras orientaciones teóricas.

5. Sociología Económica Neomarxista

Como hemos podido ver a lo largo de este capítulo, muchos neomarxistas (por ejemplo, los teóricos críticos y los marxistas estructurales) apenas han hecho comentarios acerca de la institución económica, y ello se debió, al menos en parte, a su reacción contra los excesos de los deterministas económicos. Sin embargo, estas reacciones han provocado toda una serie de contrarreacciones. En este apartado analizaremos la obra de algunos de los marxistas que han regresado a un enfoque sobre el reino económico. Su obra no supone un regreso a la teoría marxista temprana; constituye un esfuerzo por adaptar la teoría marxista a las realidades de la sociedad capitalista moderna.

Por supuesto, existe una vasta literatura que trata las cuestiones económicas desde un punto de vista marxista. La mayor parte de ella sólo es relevante para la economía, pero también se encuentran trabajos que lo son para la sociología. Analizaremos dos tipos de trabajos en este apartado. El primero se centra en la cuestión general del trabajo y el capital. El segundo supone un esfuerzo más específico y contemporáneo sobre la transición del fordismo al posfordismo.

a. Trabajo y capital

1) El capital monopolista. La investigación original de Marx sobre las estructuras y los procesos económicos se basaba en su análisis del capitalismo de su tiempo: lo que hoy llamamos capitalismo competitivo. Las industrias capitalistas eran relativamente pequeñas, a resultas de lo cual ninguna industria o pequeño grupo de industrias podían llegar a ejercer el control total e indiscutible del mercado. Una buena parte del trabajo económico de Marx se basa en la premisa, acertada para su tiempo, de que el capitalismo era un sistema competitivo. Marx anticipó la posibilidad de monopolios en el futuro, pero hizo escasos comentarios sobre esta cuestión. Muchos teóricos marxistas posteriores a él siguieron trabajando como si el capitalismo no hubiera cambiado desde los tiempos de Marx.

Es en este contexto donde debemos enmarcar nuestro análisis de la obra de Baran y Sweezy (1966). Comenzaron con una crítica de la ciencia social marxista, a la que acusaban de repetir formulaciones familiares y no explicar los importantes desarrollos recientes que se habían producido en la sociedad capitalista. Criticaron el estancamiento de la teoría marxista, que continuaba apoyándose en el supuesto de una economía competitiva. En su opinión, una teoría marxista debe reconocer que el capitalismo monopolista ha sustituido al capitalismo competitivo.

Una cuestión de importancia crucial para Baran y Sweezy era la definición de la naturaleza del capitalismo monopolista. El capitalismo monopolista implica que uno o una pequeña cantidad de capitalistas controlan un sector determinado de la economía. Evidentemente, hay menos competitividad en el capitalismo

monopolista que en el competitivo. En el capitalismo competitivo las organizaciones compiten sobre los precios. En el capitalismo monopolista, las compañías ya no tienen necesidad de competir en este terreno porque una o unas pocas firmas controlan el mercado; la competencia se traslada al reino de las ventas, los anuncios publicitarios, las campañas de ventas y otros métodos de atraer a los consumidores potenciales son las principales arenas donde se produce la competencia.

El cambio de la competencia de los precios a la de las ventas es parte de otro proceso característico del capitalismo monopolista: la racionalización progresiva. La competencia de precios llega a considerarse altamente irracional. Es decir, desde el punto de vista del capitalista monopolista, ofrecer precios cada vez más bajos sólo conduce al caos mercantil, por no decir a beneficios inferiores e incluso a la bancarrota. La competencia de ventas, a diferencia de la anterior, no constituye un sistema cruel y despiadado; de hecho, incluso proporciona trabajo a la industria publicitaria. Además, los precios pueden mantenerse altos, añadiendo al precio final los costes de las campañas de ventas y promoción. Por ello la competencia mediante ventas asume un menor riesgo que la competencia mediante precios.

Otro aspecto importante del capitalismo monopolista es el surgimiento de las corporaciones gigantes: un puñado de grandes corporaciones controlan la mayoría de los sectores de la economía. En el capitalismo competitivo, prácticamente un solo empresario controlaba y administraba su organización. La corporación moderna es propiedad de una cantidad elevada de accionistas, pero unos pocos grandes accionistas poseen la mayoría de las acciones. Si bien la corporación es «propiedad» de los accionistas, son los directivos los que la controlan día a día. Los directivos desempeñan un papel sumamente importante en el capitalismo monopolista, mientras en el capitalismo competitivo este papel lo desempeñaban los empresarios. Los directivos tienen un poder considerable, y se esfuerzan por conservarlo. Incluso se afanan por lograr la independencia financiera para sus compañías intentando, en la medida de lo posible, generar los fondos que necesitan internamente en lugar de recurrir a fuertes externas de financiación.

Baran y Sweezy realizaron un análisis extenso de la posición que ocupaba el directivo en la sociedad capitalista moderna. Los directivos se definen como un grupo altamente racional orientado a maximizar los beneficios de la organización. Por tanto, no están dispuestos a asumir el riesgo que caracterizaba a los antiguos empresarios. Trabajan a más largo plazo que el empresario. La preocupación del antiguo capitalista era maximizar los beneficios a corto plazo, mientras los directivos modernos son conscientes de que ese esfuerzo puede conducir a una competencia caótica de precios que puede afectar negativamente a los beneficios a largo plazo de la compañía. Así, el directivo sacrifica algunos beneficios a corto plazo para maximizar la rentabilidad a largo plazo.

El aspecto central del capitalismo monopolista es la capacidad del sistema para generar y usar el excedente económico. El excedente económico se define como la diferencia entre el valor de lo que produce una sociedad y los costes de su producción. Preocupados por la cuestión del excedente, Baran y Sweezy se alejaron del interés de Marx por la explotación del trabajo y se centraron en los vínculos entre la economía y otras instituciones sociales, especialmente en la absorción del excedente económico por esas instituciones.

Los directivos modernos son víctimas de sus propios logros. Por un lado, pueden fijar los precios de un modo arbitrario dado el lugar que ocupan en la economía. Por otro, se afanan por recortar los costes internos de la organización, particularmente los costes relacionados con el trabajo manual. La capacidad para fijar precios altos y recortar los costes conduce al aumento de la cantidad de excedente económico.

El capitalista se enfrenta entonces a la cuestión de qué hacer con el excedente. Una posibilidad es consumirlo: pagar a los directivos salarios muy altos y a los accionistas enormes dividendos que se convierten en yates, Rolls-Royces, joyas y caviar. Esto se hace hasta cierto punto, pero el excedente alcanza tal cantidad que las élites son incapaces de consumir ni siquiera una parte de él. En todo caso, el consumo conspicuo caracteriza más a los primeros empresarios que a los directivos y accionistas modernos.

Una segunda alternativa es invertir ese excedente, por ejemplo, en perfeccionar la tecnología o en inversiones en el extranjero. Esta posibilidad, que parece razonable y, hasta cierto punto la llevan a cabo los directivos, produce el efecto de que, si la inversión se hace sabiamente, genera aún mayores excedentes.

Los esfuerzos por aumentar las ventas también pueden absorber parte del excedente. Los capitalistas modernos pueden estimular la demanda de sus productos recurriendo a los anuncios publicitarios, creando y expandiendo el mercado para sus productos, y utilizando técnicas tales como el cambio de modelo de un

producto, la obsolescencia planificada, y los créditos de inmediata disponibilidad al consumidor. Sin embargo, esta alternativa también plantea algunos problemas. Primero, es incapaz de absorber suficiente excedente. Segundo, probablemente estimula una expansión aún mayor de la corporación que, a su vez, conduce a una mayor cantidad de excedente.

De acuerdo con Baran y Sweezy, la única alternativa que queda es el despilfarro. El excedente necesita ser consumido, y hay dos maneras de hacerlo. La primera es el gasto en asuntos gubernamentales no militares tales como el mantenimiento de millones de trabajadores en puestos gubernamentales y la financiación de numerosos programas gubernamentales. La segunda es el dispendio militar, que incluye la vasta nómina del ejército y su presupuesto de miles de millones de dólares para una maquinaria cara que en poco tiempo se queda obsoleta.

La postura de Baran y Sweezy tiene varios puntos flacos. Por un lado, parece como si realmente no existiera una buena manera de consumir el excedente, y quizás esto es lo que querían comunicar ambos pensadores. Nos dejan con la impresión de que se trata de una contradicción irresoluble del capitalismo. Virtualmente, todos los gastos de los capitalistas conducen a una mayor demanda y, en última instancia, a mayores excedentes. Los empleados gubernamentales y los militares gastan su dinero en más bienes; y como parte de la maquinaria militar se consume, se produce una demanda de maquinaria más perfeccionada.

Otra crítica que puede hacerse a Baran y Sweezy es que sobrevaloran la racionalidad de los directivos. Herbert Simon (1957) por ejemplo, afirmaría que los directivos tienen más interés en encontrar (y son sólo capaces de encontrar) soluciones mínimamente satisfactorias, que en hallar las soluciones más racionales y rentables. Otra cuestión es si los directivos constituyen, en realidad, figuras clave del capitalismo moderno. Muchos señalarían que los grandes accionistas son los que verdaderamente controlan el sistema capitalista.

En suma, Baran y Sweezy adoptaron la perspectiva tradicional de la teoría marxista y se movieron en una dirección nueva e importante. En particular, en lugar de centrarse en el proceso laboral se orientaron hacia las estructuras económicas de la sociedad capitalista moderna. Pasamos ahora a estudiar a Braverman, autor influido por la obra de Baran y Sweezy que se esforzó por regresar al interés tradicional marxista por el proceso laboral.

- 2) **Trabajo y capital monopolista.** Harry Braverman (1974) creía que el proceso laboral y la explotación del trabajador constituían el núcleo de la teoría marxista. Aunque sus intereses diferían de los de Baran y Sweezy, pensaba que su obra guardaba una estrecha relación con la de ellos (Braverman). El título de su libro, *Labor and Monopoly Capital* [Trabajo y capital monopolista], refleja la cuestión que más le interesaba, y el subtítulo, *The Degradation of Work in the Twentieth Century* [La degradación del trabajo en el siglo XX] manifiesta su preocupación por adaptar la perspectiva de Marx a las realidades del trabajo en el presente siglo.

Braverman no sólo intentó actualizar el interés de Marx por los trabajadores manuales, sino también examinar lo que había sucedido con los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios. Marx prestó escasa atención a estos dos grupos, pero desde el tiempo de Marx se han convertido en unas categorías profesionales centrales que requieren un análisis minucioso. En relación con la obra de Baran y Sweezy, puede señalarse que uno de los principales desarrollos del capitalismo monopolista ha sido una disminución relativa de la cantidad de trabajadores manuales y un aumento simultáneo de los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios que componen el personal de las grandes organizaciones características del capitalismo monopolista.

El análisis de Braverman parte de un punto de vista que recuerda a la orientación de Marx. Braverman especificó que su crítica al trabajo contemporáneo no refleja añoranza de un tiempo pasado. Señaló que no idealizaba los viejos gremios ni «las penosas condiciones de unos modos de trabajo que han quedado obsoletos» (Braverman, 1974: 6). Como Marx, Braverman no criticó la ciencia y la tecnología per se, sino el modo en que eran utilizadas bajo el capitalismo «como armas de dominación en la creación, perpetuación y profundización del abismo que separa las clases de la sociedad». El capitalista había utilizado la tecnología y la ciencia sistemáticamente para despojar al trabajo de su herencia gremial sin proporcionar nada para sustituirla. Braverman creía que la ciencia y la tecnología podían servir, en otras manos, para producir una era futura en la que, para el trabajador, la satisfacción profesional que otorga un dominio consciente e intencionado del proceso laboral se combinará con los avances maravillosos de la ciencia y los inventos de la

ingeniería, una era en la que cada quién podrá beneficiarse en mayor o menor grado de esta combinación. (Braverman)

Para extender adecuadamente el análisis de Marx de los trabajadores manuales a los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios, Braverman afirmó que el concepto de «clase trabajadora» no describía un grupo específico de personas o de ocupaciones; antes bien, constituía una expresión del proceso de compra-venta de la fuerza de trabajo. En lo referente a ese proceso, Braverman señaló que, en el capitalismo moderno, virtualmente nadie posee los medios de producción; por tanto, son muchos, incluyendo la mayor parte de trabajadores de cuello blanco y del sector servicios, los que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a una minoría. En su opinión, el control y la explotación capitalista, así como los procesos de la mecanización y racionalización, se extienden a las ocupaciones de cuello blanco y del sector servicios, aunque no en el grado en el que afectaron a las ocupaciones manuales.

Braverman basó su análisis en la antropología de Marx, específicamente en su concepto del potencial humano (ser-genérico). Braverman afirmó que toda forma de vida necesita mantenerse a sí misma en su entorno natural; es decir, necesita apropiarse de la naturaleza para utilizarla. El trabajo es el proceso por el que se altera la naturaleza para aumentar su utilidad. En este sentido, los animales irracionales también trabajan, pero lo que distingue a los humanos es su conciencia. Las personas disponen de una serie de facultades mentales de las que los animales carecen. El trabajo humano se caracteriza, por tanto, por una unidad de concepción (pensamiento) y ejecución (acción). Esta unidad puede disolverse, y el capitalismo constituye una fase crucial en la que se destruye la unidad de pensamiento y ejecución en el mundo del trabajo.

En el capitalismo, un elemento clave de esta ruptura es la compra-venta de la fuerza de trabajo. Los capitalistas pueden elegir el tipo de trabajo que quieren comprar. Por ejemplo, pueden comprar trabajo manual e insistir en que el trabajo intelectual se mantenga fuera del proceso. Aunque lo opuesto también puede ocurrir, la probabilidad de que suceda es menor. Como consecuencia de ello, el capitalismo se caracteriza por el aumento de la cantidad de trabajadores manuales y la disminución de trabajadores intelectuales. Esto parece contradecir las estadísticas, que reflejan un crecimiento masivo de las ocupaciones de cuello blanco, que supuestamente son intelectuales. Sin embargo, como veremos, Braverman creía que muchas ocupaciones de cuello blanco habían sido proletarizadas y eran similares en muchos sentidos al trabajo manual.

- 3) Control gerencial.** Braverman reconoció la existencia de la explotación económica, analizada por Marx, pero se centró en la cuestión del control. Y planteó la siguiente pregunta: ¿Cómo controlan los capitalistas la fuerza de trabajo que emplean? Una respuesta podría ser que ejercen ese control a través de los directivos. De hecho, Braverman definía la gerencia como < un proceso laboral cuyo objetivo es el control interno de la corporación ».

Braverman reflexionó sobre los medios impersonales que empleaban los directivos para controlar a los trabajadores. Una de sus preocupaciones principales era el recurso a la especialización para ejercer control sobre los trabajadores. Aquí distinguió cuidadosamente entre la división del trabajo en la sociedad y la especialización del trabajo dentro de la organización. Toda sociedad conocida ha experimentado la división del trabajo (por ejemplo, entre hombres y mujeres, granjeros y artesanos, etcétera), pero la especialización laboral dentro de la organización constituye un desarrollo específico del capitalismo, aun cuando también aparece en las sociedades socialistas existentes. Braverman creía que la división del trabajo en el nivel societal podía enriquecer al individuo, pero la especialización en la organización tenía el efecto desastroso de subdividir las capacidades humanas: «La subdivisión del individuo, cuando se lleva a cabo sin tener en consideración las capacidades y las necesidades humanas, constituye un crimen contra la persona y la humanidad».

La especialización en la organización implica la división continua y la subdivisión de las tareas o funciones en actividades minuciosas altamente especializadas, cada una de las cuales suele asignarse a un trabajador diferente. Esto constituye la creación de lo que Braverman denomina «trabajadores al detalle». De las capacidades que posee un individuo, los capitalistas eligen una pequeña cantidad que el trabajador ha de usar para realizar su trabajo. Como Braverman señaló, el capitalista rompe primero el proceso laboral para luego «desmembrar al trabajador también» al requerir al trabajador que se sirva sólo de una pequeña

proporción de sus capacidades. En términos de Braverman, el trabajador «no se convierte nunca voluntariamente en un trabajador al detalle para toda su vida. Esto es obra del capitalista».

¿Por qué lo hace el capitalista? Primero, la especialización aumenta el control de la gerencia. Es más fácil controlar a un trabajador que realiza una tarea específica que a otro al que le han asignado varias. Segundo, aumenta la productividad. Es decir, un grupo de trabajadores que realiza tareas altamente especializadas produce más que la misma cantidad de trabajadores cualificados que se ocupan de varias tareas. Por ejemplo, los trabajadores en una cadena de ensamble de automóviles producen más coches que un número igual de técnicos cualificados que se ocupara de un solo coche. Tercero, la especialización permite al capitalista pagar menos a cambio de la fuerza de trabajo que requiere. En lugar de emplear trabajadores técnicos a quienes tendrían que pagar altos salarios, el capitalista emplea trabajadores no cualificados a quienes da salarios bajos. Siguiendo la lógica del capitalismo, los empleadores buscan abaratar progresivamente la fuerza de trabajo, que se convierte en una masa virtualmente indiferenciada de lo que Braverman denominaba «trabajo simple».

La especialización no constituye un medio de control suficiente para los capitalistas y los gerentes que recurren a ella. Otro importante medio de control es la técnica científica, que incluye esfuerzos tales como la administración científica: un intento de aplicar la ciencia al control del trabajo en nombre de la administración. Para Braverman, la administración científica es la ciencia que enseña «cómo controlar al máximo el trabajo alienado». La administración científica puede identificarse a través de una serie de etapas cuyo objetivo es el control del trabajo: reunir a muchos trabajadores en fábricas, extender la jornada laboral; supervisar a los trabajadores para asegurar la diligencia, hacer que se cumplan las reglas contra las distracciones (por ejemplo, charlar), y establecer niveles de producción mínimamente aceptables. La administración científica contribuye al control principalmente porque «ordena al trabajador el modo exacto en el que debe realizar el trabajo» (Braverman). Por ejemplo, Braverman analizó una antigua obra de F.W. Taylor sobre el amontonamiento del carbón, donde desarrolló reglas sobre el tipo de pala que se debía usar, la postura que debía adoptarse, el ángulo que debía haber entre la pala y la pila de carbón y la cantidad de carbón que debía cogerse cada vez que la pala se hundía en la pila. En otras palabras, Taylor desarrolló métodos que aseguraban un control casi total sobre el proceso laboral. Debía evitarse cualquier decisión independiente de los trabajadores; de este modo lo mental y lo manual quedaban separados. La administración utilizó su monopolio sobre el conocimiento relacionado con el trabajo para controlar cada paso del proceso laboral. A fin de cuentas, el trabajo quedaba despojado de todo significado, contenido o conocimiento. Todo elemento artesanal quedaba así profundamente destruido.

Braverman creía también que la maquinaria constituía un factor de control sobre los trabajadores. La maquinaria moderna entra en juego «cuando a la herramienta y/o al trabajo se les asigna una pauta de movimiento de acuerdo con la estructura de la máquina» (Braverman). La capacidad está dentro de la máquina, sin que exista posibilidad de que el trabajador la adquiera. En lugar de controlar el proceso laboral, los trabajadores llegan a ser controlados por la máquina. Además, a la administración le resulta más fácil controlar las máquinas que los trabajadores.

Braverman afirmaba que mediante mecanismos tales como la especialización del trabajo, la administración científica y las máquinas, la gerencia había logrado extender su control sobre los trabajadores manuales. Si bien es esta una perspectiva útil, especialmente la reflexión sobre el control, la contribución distintiva de Braverman ha residido en su esfuerzo por extender este tipo de análisis a sectores de la fuerza de trabajo que Marx no analizó cuando estudió el proceso laboral. Braverman afirmaba que los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios están en nuestros días sometidos al mismo proceso de control que se utilizó con los trabajadores manuales en el siglo pasado.

Uno de los ejemplos que pone Braverman es el de los empleados de cuello blanco. Antiguamente estos trabajadores eran considerados un grupo que se distinguía de los trabajadores manuales por cosas tales como su indumentaria, sus capacidades, su formación y sus perspectivas profesionales (Lockwood, 1956). Sin embargo, actualmente ambos grupos están sometidos a los mismos medios de control. Así, es difícil ahora distinguir entre la fábrica y la oficina moderna, ya que los trabajadores se han proletariado en esta última. Por un lado, el trabajo del trabajador de cuello blanco se ha especializado progresivamente. Esto significa, entre otras cosas, que los aspectos mentales y los manuales del trabajo de oficina han sido

separados. Los directivos, los ingenieros y los técnicos realizan ahora el trabajo mental, mientras los empleados realizan poco más que las tareas manuales de escribir a máquina, archivar, y codificar. A resultas de lo cual, el nivel de capacidades requeridas para estos trabajos ha disminuido y los trabajos requieren poca o ninguna formación.

En la actualidad se considera que la administración científica invade las oficinas. Las tareas de los empleados se han estudiado científicamente y, como consecuencia de esa investigación, se han simplificado, rutinizado y estandarizado. Finalmente, la mecanización está comenzado a aparecer de modo significativo en las oficinas, fundamentalmente a través de los ordenadores y otros equipos similares.

La aplicación de estos mecanismos al trabajo de cuello blanco facilita el control de los directivos sobre esos trabajadores. Es improbable que estos mecanismos de control sean tan fuertes y efectivos en la oficina como en la fábrica; sin embargo, existe una tendencia hacia el desarrollo de la «fábrica» de trabajadores de cuello blanco.

Se pueden presentar varias objeciones obvias a Braverman. Por un lado, es probable que sobrevalorase el grado de semejanza entre el trabajo manual y el de cuello blanco. Por otro, su preocupación por el control le llevó a dedicar relativamente poca atención a la dinámica de la explotación económica bajo el capitalismo. Con todo, su obra enriquece nuestra comprensión del proceso laboral en la moderna sociedad capitalista.

- 4) **Otras obras acerca de la cuestión trabajo y capital.** Aunque Braverman reconoció la importancia de la explotación económica, analizada por Marx, se concentró, como acabamos de ver, en la cuestión del control gerencial sobre los trabajadores. Richard Edwards, hace un análisis aún más profundo de esta cuestión en su libro *Contested Terrain: The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century* [Terreno para la disputa: la transformación de la fábrica en el siglo XX (1979)]. Para Edwards el control reside en el núcleo de la transformación de la fábrica en el siglo XX Siguiendo a Marx, Edwards ve la fábrica, la pasada y la presente, como un escenario del conflicto de clase o, en sus términos, un «terreno para las disputas». Dentro de este escenario, se han producido drásticos cambios en lo que se refiere al control de los superiores sobre los inferiores. Durante el capitalismo competitivo decimonónico, se utilizaba un control «simple», por el que «los jefes ejercían el poder personalmente, intervenían con frecuencia en el proceso laboral para exhortar a los trabajadores, intimidarlos y amenazarlos, recompensar el buen comportamiento, contratar o despedir, favorecer a los empleados leales y, por lo general, actuaban como déspotas, benevolentes o de otro tipo» (Edwards, 1979: 19). Aunque este sistema de control sigue utilizándose en muchas pequeñas empresas, se ha demostrado que es demasiado duro para las grandes organizaciones modernas. Estas organizaciones han tendido a sustituir el control simple por un control técnico y burocrático más sutil e impersonal. Los trabajadores modernos pueden ser controlados por las mismas tecnologías con las que trabajan. El ejemplo clásico que lo ilustra es la cadena de montaje de automóviles, en la que las acciones de los trabajadores están determinadas por una demanda constante del eslabón anterior. Otro ejemplo es la computadora moderna, que puede registrar con exactitud cuánto trabaja un empleado y cuántos errores comete. Los trabajadores modernos también son controlados por las reglas impersonales de las burocracias más que por el control personal de los supervisores. El capitalismo está en constante proceso de cambio y, por tanto, cambian también los mecanismos de control sobre los trabajadores.

También merece mención el libro de Michael Burawoy *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capital* [El consentimiento en la producción. Cambios en el proceso laboral bajo el capital monopolista] (1979). Burawoy se interesó por la cuestión de por qué trabajan tanto los trabajadores en el sistema capitalista. Rechazó la explicación que dio Marx según la cual ese trabajo duro era producto de la coerción. El surgimiento de los sindicatos y otros cambios habían eliminado la arbitrariedad del poder de los directivos. «La coerción como único factor ya no puede explicar lo que hacen los trabajadores cuando llegan a la fábrica» (Burawoy). Para Burawoy, los trabajadores, al menos parte de ellos, consienten trabajar duramente bajo el sistema capitalista y, al menos en parte, ese consentimiento se produce en el lugar de trabajo.

Podemos ilustrar esta idea de Burawoy con un aspecto de su investigación, los juegos que inventan los trabajadores en su trabajo y, en términos generales, las prácticas informales que desarrollan. Muchos analistas los contemplan como esfuerzos de los trabajadores por reducir la alienación y otras formas de descontento laboral. Además, han sido considerados por lo general como mecanismos sociales que

desarrollan los trabajadores para oponerse a la gerencia. Pero Burawoy concluye que estos juegos «no se suelen oponer a la dirección ni son independientes de ella». De hecho, «la administración, al menos en un grado mínimo, participa en realidad no sólo en la organización del juego, sino en el cumplimiento de sus reglas». En realidad, en lugar de desafiar a la dirección, a la organización o, en última instancia, al sistema capitalista, estos pasatiempos la refuerzan. Por un lado, el hecho de participar en el pasatiempo crea un consentimiento entre los trabajadores de las reglas del pasatiempo y, en términos generales, del sistema de las relaciones sociales (propietario-administrador-trabajador) que define las reglas del juego. Por otro, como los administradores y los trabajadores están implicados en el juego, queda oscurecido el sistema de relaciones sociales antagónicas frente al que responde el pasatiempo.

Burawoy afirma que tales modos de generar la cooperación activa y el consentimiento son mucho más eficaces que la coerción (como despedir a los que no cooperan) para lograr que los trabajadores colaboren en pos de la rentabilidad. En definitiva, Burawoy cree que los juegos y otras prácticas informales son métodos para lograr que los trabajadores acepten el sistema y que contribuyan a aumentar los beneficios.

Otra obra que merece mención es la de Dan Clawson, *Bureaucracy and the Labor Process* [Burocracia y proceso laboral], que analiza la burocratización y el avance tecnológico de la industria estadounidense entre 1860 y 1920. Su tesis principal es que la degradación del trabajo durante este periodo no fue (ni es) inevitable. Es decir, el problema no residía en la burocracia y la tecnología per se, sino en el modo que se utilizaron en la sociedad capitalista. Para Clawson, por tanto, podemos conseguir eficiencia, abundancia y un trabajo humano satisfactorio. El trabajo se degradó porque los capitalistas utilizaron la burocracia y la tecnología para controlar a los trabajadores y el proceso laboral. Clawson hace suyo el objetivo, que lo es también del socialismo, de «la reorganización del proceso laboral, de manera que se convierta en el campo principal donde las personas desarrollen libremente sus capacidades humanas y deje de ser un locus donde las personas están mutiladas y degradadas».

En suma, las obras de Baran y Sweezy, Braverman, Edwards, Burawoy y Clawson representan un regreso al enfoque tradicional de Marx sobre el sector económico. En el nivel de la teoría son valiosas por haber reavivado el interés por el factor económico, así como por refinar y actualizar nuestra comprensión de esta dimensión. Además, han constituido importantes fuentes de pensamiento sociológico e investigación sobre varios aspectos del trabajo y la industria.

6. Fordismo y Posfordismo

Una de las preocupaciones más recientes de los marxistas de orientación económica es la cuestión de si hemos presenciado o aún presenciemos la transición del «fordismo» al «posfordismo». Esta cuestión guarda relación con el asunto más general de si hemos experimentado la transición de la sociedad moderna a la posmoderna.

En términos generales, el fordismo se asocia con la era moderna y el posfordismo con la más reciente era posmoderna. (El interés marxista por el fordismo no es nuevo; Gramsci [1971] publicó un ensayo sobre esta cuestión en 1931.)

Por supuesto, el fordismo hace referencia a las ideas, los principios y sistemas que fomentó Henry Ford. A Ford se le atribuye generalmente el desarrollo del sistema de producción en masa moderno, fundamentalmente mediante la creación de la cadena de montaje de automóviles. Al fordismo se le pueden atribuir las siguientes características:

-) La producción masiva de productos homogéneos.
-) El uso de tecnologías inflexibles tales como la cadena de montaje.
-) La adopción de rutinas de trabajo estandarizadas (taylorismo).
-) El aumento de la productividad derivado de la adopción de «economías de escala, así como de la descualificación, la intensificación y la homogeneización del trabajo» (Clarke).
-) El consecuente nacimiento de sindicatos de trabajadores burocratizados.
-) La negociación de los sindicatos en pro de salarios uniformes vinculada al aumento de la productividad y los beneficios.
-) El desarrollo de un mercado para los productos homogéneos generados por la producción masiva de industrias y la consecuente homogeneización de las pautas de consumo.

- J El aumento de salarios, obra de la sindicalización, que conduce a una demanda creciente de la cada vez mayor oferta de bienes producidos en masa.
- J Un mercado para los productos que se rige por políticas macroeconómicas keynesianas y un mercado de trabajo que se rige por la negociación colectiva supervisada por el estado.
- J Instituciones educativas masivas que proporcionan la masa de trabajadores requerida por la industria (Clarke).

Si bien el fordismo se desarrolló en el curso del siglo XX especialmente en los Estados Unidos, en la década de 1970 experimentó su momento álgido y su decadencia, fundamentalmente tras la crisis del petróleo de 1973 y el consiguiente declive de la industria estadounidense del automóvil y el surgimiento de sus competidores japoneses. A resultas de lo cual se afirma que estamos presenciando el ocaso del fordismo y el surgimiento del posfordismo, caracterizado por los siguientes rasgos:

- La disminución del interés por los productos masivos acompañada por un aumento del interés por productos más especializados, especialmente los de alta calidad y diseño.
- Productos más especializados que requieren procesos de producción más cortos y, consecuentemente, sistemas de producción más pequeños y productivos.
- El nacimiento de nuevas tecnologías que hacen más flexible y rentable la producción.
- Este último punto requiere, a su vez, que los trabajadores tengan capacidades más diversas y una mayor formación, más responsabilidad y más autonomía.
- La producción precisa de un sistema de control más flexible.
- Las enormes burocracias rígidas cambian drásticamente para operar con mayor flexibilidad.
- Los sindicatos burocratizados (y los partidos políticos) ya no representan adecuadamente los intereses de la nueva y altamente diferenciada fuerza de trabajo.
- La negociación colectiva descentralizada sustituye a la centralizada.
- Los trabajadores empiezan a diferenciarse como personas y requieren mercancías, modos de vida y productos culturales más diferenciados.
- El estado de bienestar centralizado es incapaz de satisfacer las necesidades (por ejemplo, la salud, la asistencia social y la educación) de una población diversa, diferenciada y se requiere la creación de instituciones más flexibles (Clarke).

Si hubiera que resumir la transición del fordismo al posfordismo, podría ser descrita como la transición de la homogeneidad a la heterogeneidad. En relación a esta cuestión surgen dos preguntas. Primera, ¿se ha producido en realidad la transición del fordismo al posfordismo?; y segunda, ¿resolverá el posfordismo los problemas relacionados con el fordismo?

En respuesta a la primera pregunta, puede afirmarse, sin lugar a dudas, que no se ha producido una ruptura histórica clara que separe el fordismo y el posfordismo (S. Hall). Aun admitiendo que hay en el mundo moderno elementos posfordistas, es obvio también que persisten elementos del fordismo que no presentan síntomas de desaparecer. Por ejemplo, algo a lo que podemos llamar «McDonaldismo», fenómeno que tiene muchas cosas en común con el fordismo, aumenta a pasos agigantados en la sociedad contemporánea. Sobre la base del modelo de restaurante de comida rápida, cada vez más sectores de la sociedad utilizan los principios del McDonaldismo. El McDonaldismo comparte muchas características con el fordismo: productos homogéneos, tecnologías rígidas, hábitos laborales estandarizados, descualificación, homogeneización del trabajo (y del consumidor), homogeneización del consumo, etcétera. Así, el fordismo aún disfruta de buena salud en el mundo moderno, aunque, por arte de magia, se ha transformado en McDonaldismo. Además, el fordismo clásico -por ejemplo, tal y como se refleja en la cadena de montaje- sigue presente de manera relevante en la economía estadounidense.

Por lo que se refiere a la segunda pregunta, aun aceptando la idea de que ha llegado el posfordismo, ¿representa una solución a los problemas de la sociedad capitalista moderna? Algunos neomarxistas (y muchos defensores del sistema capitalista abrigan grandes esperanzas: «El posfordismo constituye, en lo fundamental, la expresión esperanzadora de que el desarrollo capitalista futuro constituirá la salvación de la democracia social» (Clarke). Sin embargo, se trata simplemente de una esperanza y, en cualquier caso, ya hay evidencias que prueban que el posfordismo no será el nirvana que anhelan algunos observadores.

Muchos consideran el modelo japonés como la base del posfordismo. Sin embargo, la investigación sobre la industria japonesa (Satoshi, 1982) y sobre las industrias estadounidenses que utilizan técnicas gerenciales japonesas (Parker y Slaughter, 1990) indica que estos sistemas plantean serios problemas y que incluso aumentan el grado de explotación del trabajador. Parker y Slaughter denominan al sistema japonés tal y como existe en los Estados Unidos (en Japón es probablemente más duro) «dirección mediante el estrés»: «La meta es extender el sistema como una goma hasta el límite de su aguante» (1990: 33). Entre otras cosas, el trabajo se realiza a un ritmo mayor que en las cadenas de montaje estadounidenses tradicionales, pone bajo una enorme tensión a los trabajadores, que tienen que trabajar heroicamente para satisfacer la demanda de la cadena. En términos más generales, Levidow describe a los trabajadores posfordistas como «presionados implacablemente para que aumenten su productividad, a menudo a cambio de salarios reales bajos, ya sean trabajadores en fábricas, personas que trabajan en casa para la industria de la confección, trabajadores en servicios privados o incluso profesores de formación profesional». Así, más que representar una solución a los problemas del capitalismo, el posfordismo constituye quizás una nueva era más perniciosa en la que el grado de explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas es aún mayor.

7. Marxismo Histórico

El marxismo estructural defiende los análisis ahistóricos y se opone a los históricos, pero muchos marxistas se orientan hacia la investigación histórica. Estos declaran ser fieles a la preocupación marxista por la historicidad. La investigación histórica más destacada de Marx es su estudio sobre las formaciones económicas precapitalistas. Hay muchos trabajos históricos que se desarrollan desde una perspectiva marxista. En este apartado, estudiaremos dos obras que reflejan una orientación histórica: *The Modern World-System* [El moderno sistema mundial], de Immanuel Wallerstein, y *States and Social Revolutions* [Los estados y las revoluciones sociales], de Theda Skocpol. Si bien no son obras típicas de investigación histórica marxista, se cuentan entre las más influyentes de la sociología contemporánea.

a. El moderno sistema mundial

Wallerstein eligió una unidad de análisis diferente de las que utilizaron la mayoría de los pensadores marxistas. No se centró en los trabajadores, las clases, o los estados, porque el análisis de estas categorías no satisfacía sus propósitos. Su interés se orientó hacia una entidad económica con una división del trabajo que no conociese fronteras políticas o culturales. Encontró esta unidad en su concepto de sistema mundial, un sistema social autónomo limitado por fronteras y con una duración definida, es decir, no eterno. Se componía internamente de varias estructuras sociales y diversos grupos de miembros. Sin embargo, Wallerstein no era propenso a definir la cohesión del sistema en términos consensuales. Antes bien, creía que el sistema se mantenía unido debido a la existencia de una variedad de fuerzas que se encontraban en tensión intrínseca. Estas fuerzas disponen en todo momento de potencial suficiente para romper el sistema.

El sistema mundial constituye un concepto harto abstracto y, de hecho, Wallerstein lo ofreció sólo al final de su primer libro, después de haber analizado todos los datos históricos que requería su formulación. Wallerstein afirmaba que hemos conocido dos tipos de sistemas mundiales. Uno era el imperio mundial, ilustrado por la antigua Roma, y el otro la economía mundial capitalista. El imperio mundial se basaba en la dominación política (y militar), mientras que la economía mundial capitalista se funda en la dominación económica. Wallerstein considera la economía mundial capitalista más estable que el imperio mundial por varias razones. Por un lado, tiene una base más amplia, porque engloba a muchos estados y, por otro, dispone de un proceso interno de estabilización económica. Las diferentes entidades políticas dentro de la economía mundial capitalista absorben cualquier pérdida que ocurra y el beneficio económico pasa a manos privadas. Wallerstein anticipó la posibilidad de un tercer sistema mundial: un gobierno socialista mundial. La economía mundial capitalista separa el sector político del económico, mientras una economía mundial socialista los integraría.

Para orientar al lector hacia el análisis histórico que vamos a presentar, introducimos ahora los conceptos que utilizó Wallerstein para describir la división geográfica del trabajo en el sistema mundial que más le preocupaba, la economía mundial capitalista: el centro, la periferia y la semiperiferia. En términos generales, el centro domina la economía mundial y explota el resto del sistema. La periferia, las zonas que proporcionan las materias primas al núcleo, son profundamente explotadas por él. Y la semiperiferia constituye una categoría residual que abarca una serie de

regiones que se encuentran entre las explotadoras y las explotadas. La cuestión clave es que, para Wallerstein, la división internacional de la explotación no se define en términos de fronteras estatales, sino en los de la división económica del trabajo en el mundo.

En el primer volumen que escribió sobre el sistema mundial Wallerstein (1974) localiza el origen del sistema mundial aproximadamente entre 1450 y 1650. Lo más significativo de este desarrollo fue el cambio de la dominación política (y militar) a la económica. Wallerstein creía que la economía constituía un medio de dominación mucho más eficaz y menos primitivo que la política. Las estructuras políticas son muy rígidas, mientras la explotación económica «hace posible el aumento del flujo de excedente desde los estratos más bajos a los más altos, desde la periferia al centro, desde la mayoría a la minoría» (Wallerstein). En la era moderna, el capitalismo proporcionó la base para el crecimiento y el desarrollo de una economía mundial, que se ha logrado sin la ayuda de una estructura política unificada. Puede considerarse el capitalismo como una alternativa a la dominación política, ya que es más capaz de producir excedentes económicos que las más primitivas técnicas empleadas por la explotación política.

Wallerstein afirmaba que el nacimiento de la economía mundial capitalista a partir de las «ruinas» del feudalismo se debió a tres factores: la expansión geográfica a través de la exploración y la colonización, el desarrollo de diferentes métodos de control laboral en diferentes regiones (por ejemplo, centro, periferia) de la economía mundial, y el desarrollo de estados poderosos que se convirtieron en los centros de la economía mundial emergente. Analicemos uno por uno estos desarrollos.



Immanuel Wallerstein Aunque ganó fama durante la década de los años sesenta como experto en África, la aportación más importante de Immanuel Wallerstein a la sociología es su obra publicada en 1974, *The Modern World-System* (El moderno sistema mundial), que disfrutó de un éxito inmediato, recibió reconocimiento internacional y se tradujo a diez lenguas y a braille.

Nacido el 28 de septiembre de 1930, Wallerstein estudió en la Universidad de Columbia, donde se doctoró en 1959. Aceptó después un puesto de trabajo en esa misma Universidad; después de algunos años, y tras una estancia de cinco años en la Universidad McGill, en Montreal, Wallerstein se convirtió en 1976 en un destacado profesor de sociología de la Universidad del Estado de Nueva York en Binghamton.

En 1975, Wallerstein recibió el prestigioso Premio Sorokin por su primer volumen de *The Modern World-System*. Desde entonces ha seguido trabajando sobre este tema y ha producido una serie de artículos y otros dos volúmenes en los que amplía su análisis del sistema mundial hasta 1840. Podemos esperar más trabajos de Wallerstein sobre este tema en un futuro inmediato. Actualmente está elaborando un cuerpo teórico que sin duda despertará mucho interés en años venideros.

De hecho, en muchos sentidos el interés que su obra ha suscitado durante muchos años y sigue suscitando en la actualidad es más importante que su trabajo en sí. El concepto de sistema mundial se ha convertido en un objeto de reflexión e investigación en sociología, algo que pocos estudiosos han logrado. Muchos de los sociólogos que en la actualidad investigan y teorizan sobre el sistema mundial critican a Wallerstein, pero reconocen abiertamente que ha representado un importante papel en la génesis de sus ideas.

Tan importante como su concepto de sistema mundial es el papel que ha desempeñado Wallerstein en el renacimiento de la investigación histórica basada en la teoría. Los trabajos más importantes de los primeros pensadores de la sociología, como Marx, Weber y Durkheim, se asemejan al suyo. Sin embargo, en los últimos años la mayoría de los sociólogos se ha alejado de este tipo de investigación y tiende a utilizar métodos ahistóricos tales como cuestionarios y encuestas.

Estos métodos son más fáciles y rápidos de usar que los métodos históricos, y los ordenadores facilitan el análisis de los datos. El uso de estos métodos tiende a requerir un pequeño cuerpo de conocimientos técnicos más que un rico bagaje de conocimiento histórico. Además, la teoría desempeña un papel relativamente secundario en la investigación que se sirve de cuestionarios y encuestas. Wallerstein se ha situado a la cabeza de los que defienden la renovación del interés por la investigación histórica con sólidos pilares teóricos.

- 1) Expansión geográfica.** Wallerstein afirmaba que la expansión geográfica de las naciones constituye un requisito del desarrollo de las otras dos fases. Portugal se situó a la cabeza de las exploraciones

ultramarinas, para luego seguir sus pasos otras naciones europeas. Wallerstein se cuidó de hablar en términos generales acerca de los países o de Europa. Optó por la idea de que la expansión ultramarina se debió a la acción de un grupo de personas que perseguían sus propios intereses. Los grupos de élite, como los nobles, necesitaban la expansión ultramarina por varias razones. Por un lado, se vieron inmersos en una guerra de clases que había estallado tras el desmoronamiento de la economía feudal. El mercado de esclavos les proporcionó una fuerza de trabajo dócil para construir la economía capitalista. La expansión también les proporcionó diversas mercancías para desarrollar esa economía: lingotes de oro, alimentos y diversas materias primas.

- 2) **División del trabajo a escala mundial.** Una vez realizada la expansión geográfica mundial, el mundo estaba preparado para atravesar la siguiente fase, el desarrollo de una división del trabajo a escala mundial. En el siglo XVI, el capitalismo sustituyó al estatismo como principal modo de dominación mundial, pero el capitalismo no se desarrolló uniformemente por todo el mundo. De hecho, Wallerstein afirmaba que la solidaridad del sistema capitalista se basaba en última instancia en su desarrollo desigual. Dada su orientación marxista, Wallerstein no veía tal solidaridad como producto de un equilibrio consensual: el conflicto había estado presente desde el principio. Partes diferentes del sistema mundial capitalista comenzaron a especializarse en funciones específicas: suministro de fuerza de trabajo, alimentos, materias primas, y organización de la industria. Además, otras zonas comenzaron a especializarse en producir determinados tipos de trabajadores. Por ejemplo, África proporcionaba esclavos y en la Europa del oeste y del sur había muchos granjeros propietarios; Europa occidental también era el centro de los trabajadores asalariados, de las clases dirigentes y de otro tipo de personal cualificado.

En términos generales, cada una de las tres partes de la división internacional del trabajo tendía a diferir en función del modo de control laboral. El centro se definía por el trabajo libre, la periferia se caracterizaba por el trabajo forzoso y la semiperiferia por los aparceros. De hecho, Wallerstein afirmaba que la clave del capitalismo reside en un centro dominado por un mercado de trabajo libre para trabajadores cualificados y una periferia caracterizada por un mercado de trabajo forzoso para trabajadores menos cualificados. Esta combinación es la base del capitalismo. El socialismo implica el desarrollo de un mercado de trabajo libre a escala mundial.

Ciertas regiones del mundo disponen de pequeñas ventajas iniciales, que son utilizadas para desarrollar posteriormente ventajas mayores. En el siglo XVI, el centro, fundamentalmente en Europa occidental, aumentó súbitamente sus ventajas a raíz del florecimiento de las ciudades, del desarrollo de las industrias y a medida que los comerciantes se hacían ricos. Extendió su dominación al desarrollar una diversidad amplia de actividades. Al mismo tiempo, cada una de sus actividades se especializó para producir con mayor rendimiento. En cambio, la periferia se estancó y se transformó en lo que Wallerstein denominó una «monocultura», o una sociedad homogénea e indiferenciada.

- 3) **El desarrollo de los estados centrales.** La tercera fase del desarrollo del sistema mundial involucra al sector político e implica la utilización de las estructuras del estado por parte de diversos grupos económicos con el fin de proteger y promover sus intereses. Las monarquías absolutas en Europa occidental surgieron en paralelo al desarrollo del capitalismo. Entre el siglo XVI y el XVIII, los estados fueron los actores económicos centrales de Europa, pero más tarde el centro se trasladaría a las empresas económicas. Los estados fuertes de las regiones del centro desempeñaron un papel clave en el desarrollo del capitalismo y, en última instancia, proporcionaron la base económica para su propia desaparición. Los estados europeos aumentaron su fuerza en el siglo XVI desarrollando y extendiendo los sistemas burocráticos y creando el monopolio de la fuerza, principalmente mediante la creación de ejércitos y la legitimación de sus actividades para garantizar la estabilidad interna. Mientras los estados de la región del centro crearon sistemas políticos fuertes, la periferia desarrolló estados comparativamente débiles.

En el segundo volumen Wallerstein retomó la historia de la consolidación de la economía mundial entre 1600 y 1750. No fue este un periodo relevante de expansión de la economía mundial europea, pero se produjeron una serie de cambios importantes. Por ejemplo, Wallerstein analiza el auge y la decadencia como parte del centro de los Países Bajos. Estudia luego el conflicto entre dos estados del centro, Inglaterra y Francia, así como la victoria final de Inglaterra. En la periferia Wallerstein describe, entre otras cosas, los periodos de bonanza cíclicos de Hispanoamérica. En la semiperiferia

podemos identificar, entre otros procesos, la decadencia de España y el auge de Suecia. Siempre desde una perspectiva marxista, Wallerstein continuó su análisis histórico de los diversos papeles que desempeñaron diferentes sociedades en la división del trabajo de la economía mundial. Aunque Wallerstein tuvo muy en cuenta los factores políticos y sociales, se interesó principalmente por el papel de los factores económicos en la historia mundial.

Wallerstein continúa la historia de la lucha entre Inglaterra y Francia por la dominación del centro. Mientras la economía mundial se había estancado durante el periodo anteriormente analizado, ahora se expande y Gran Bretaña se industrializa más rápidamente y llega a dominar las grandes industrias. Esto se produce a pesar del predominio industrial de Francia en el siglo XVIII. La Revolución Francesa desempeñó un importante papel en el desarrollo del sistema capitalista mundial porque contribuyó a la eliminación de los vestigios culturales del feudalismo y al ajuste del sistema ideológico-cultural a la realidad económica y política. Sin embargo, también sirvió para inhibir el desarrollo industrial de Francia, algo a lo que también contribuyeron los gobiernos y las guerras napoleónicas posteriores. Al final de este periodo, «Gran Bretaña obtuvo finalmente la hegemonía en el sistema mundial» (Wallerstein).

El periodo que va de 1750 a 1850 se caracteriza por la incorporación de nuevas y extensas zonas (el subcontinente de la India, los imperios Otomano, Ruso y del África del Este) a la periferia de la economía mundial. Estas regiones habían formado parte de lo que Wallerstein denomina el «área externa» del sistema mundial y, por tanto, habían tenido relación con este sistema, pero no formaban parte de él. Las zonas externas son aquellas en las que la economía mundial capitalista busca bienes, pero que se resisten a la importación de bienes manufacturados procedentes de las naciones del centro. A resultas de la incorporación de estas zonas externas, los países adyacentes a las naciones que una vez fueron externas terminaron por incorporarse al sistema mundial. Así, la incorporación de la India contribuyó a que China comenzara a formar parte de la periferia. A finales del siglo XIX y principios del XX el ritmo de esta incorporación se aceleró y «el globo entero, incluso las regiones que nunca habían formado parte del área externa de la economía mundial capitalista, se incorporó» (Wallerstein).

La presión para que se realice la incorporación a la economía mundial nunca procede de las naciones que se incorporan, sino más bien «de la necesidad de la economía mundial de extender sus fronteras, una necesidad que ha sido por sí el resultado de las presiones internas de la economía mundial» (Wallerstein). Además, el proceso de incorporación no es inmediato, sino gradual.

Fiel a su enfoque marxista sobre la economía, Wallerstein afirma que convertirse en parte de la economía mundial supone «necesariamente» que las estructuras políticas de las naciones implicadas deben formar parte del sistema interestatal. Así, los estados de las zonas incorporadas tienen que transformarse en parte del sistema político interestatal, ser sustituidos por formas políticas nuevas capaces de aceptar este papel, o someterse a los estados que ya forman parte de ese sistema político. Los estados que surgen al final del proceso de incorporación no sólo deben formar parte del sistema interestatal, sino también ser lo suficientemente fuertes para proteger sus economías frente a las posibles interferencias externas. Sin embargo, no deben ser demasiado fuertes; es decir, no deben llegar a ser tan poderosos como para sentirse capaces de oponerse a una acción dictada por la economía mundial capitalista.

Finalmente, Wallerstein examina la descolonización de las Américas entre 1750 y 1850. Es decir, describe la liberación de las Américas del control de Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. Sin lugar a dudas, esta descolonización tuvo importantes consecuencias para los desarrollos posteriores del sistema capitalista mundial, especialmente para los Estados Unidos.

Los marxistas han criticado la perspectiva del sistema mundial por no subrayar las relaciones entre las clases sociales (Bergesen). Desde este punto de vista, Wallerstein erró su enfoque. Para ellos la clave no es la división internacional del trabajo entre centro y periferia, sino las relaciones de clase dentro de determinadas sociedades. Bergesen se propuso reconciliar estas posiciones opuestas e identificó puntos flacos y fuertes de ambas posturas. Su postura intermedia es que las relaciones centro-periferia no son sólo relaciones de intercambio desiguales sino también relaciones de clase mundiales. Su argumento es que las relaciones centro-periferia son importantes, no sólo como relaciones de intercambio, como Wallerstein afirma, sino como relaciones de poder-dependencia; es decir, relaciones de clase.

b. Los estados y las revoluciones sociales

Otro ejemplo que ilustra la investigación histórica de orientación marxista es la obra de Theda Skocpol *States and Social Revolutions* [Los estados y las revoluciones sociales] (1979). Aunque esta autora comparte con Wallerstein

ciertas raíces intelectuales, mantiene posturas harto diferentes. Skocpol reconocía la importancia del trabajo de Wallerstein y de su enfoque sobre el sistema mundial, pero apuntaba que era innecesario «aceptar el argumento de que los desarrollos económicos nacionales están realmente determinados por la estructura general y la dinámica de mercado de un "sistema capitalista mundial"». De hecho, calificó a Wallerstein de «reduccionista económico». Asimismo, Skocpol asignó a Marx un lugar central entre sus fuentes teóricas, pero también le criticó: «El marxismo no consiguió prever o explicar adecuadamente el poder autónomo de los estados como maquinarias administrativas y coercitivas enmarcadas en un sistema de estados internacional militarizado». Así, Skocpol explicó que su objetivo era, siempre dentro de la tradición marxista, acentuar los factores políticos más que los económicos.

En un estudio histórico comparado sobre las revoluciones sociales en Francia (1787-1800), Rusia (1917-1921) y China (1911-1949), Skocpol se concentró en las semejanzas entre estas revoluciones. Sin embargo, también le preocupaban sus diferencias más importantes. Su objetivo era dar explicaciones de las revoluciones sociales que estuvieran fundadas históricamente y que a la vez fueran generalizables. A efectos de las comparaciones, Skocpol también analizó naciones (Japón, Prusia, Inglaterra) donde no se produjo revolución alguna.

El objeto de la investigación de Skocpol era el análisis de las revoluciones sociales, que definía como «súbitas transformaciones fundamentales del estado y las estructuras de clase de una sociedad, que van acompañadas y, en parte, son llevadas a cabo, por revueltas de clase procedentes de los sectores sociales superiores». A pesar de trazarse este objetivo, Skocpol regresaba una y otra vez a las consideraciones económicas (basadas en la clase).

Como nuestro interés es la teoría, analizaremos los principios generales que guían su trabajo. Primero, intentó adoptar lo que ella denominó una «perspectiva estructural no voluntarista». Segundo, consideraba importante esa perspectiva para analizar por separado los contextos históricos mundiales e internacionales. Tercero, se trazó el objetivo de analizar el estado como una unidad que era, al menos potencialmente, autónoma. Analicemos uno por uno estos principios.

Lo primero que hizo Skocpol fue distinguir su enfoque de lo que ella llamaba «ideas voluntaristas» acerca del modo en que se producen las revoluciones. En su opinión, la mayoría de los observadores creen que las revoluciones constituyen esfuerzos deliberados realizados por los líderes, los seguidores, o por ambos a la vez. Percibió esta tendencia en la obra del propio Marx, pero creía que los que siguieron su tradición la habían exagerado. Tal tendencia se manifiesta claramente en el análisis marxista de factores tales como la conciencia de clase y la organización del partido. Sin embargo, Skocpol rechazaba abiertamente esta posición: «Ninguna revolución social que haya triunfado la ha "hecho" un movimiento que moviliza las masas y se autorreconoce como revolucionario».

Al desechar la imagen voluntarista de las revoluciones sociales, Skocpol rechazaba el análisis de los pensamientos y los motivos de los actores, así como el estudio de grandes sistemas de ideas tales como la ideología y la conciencia de clase. Es probable que el análisis de Skocpol sea correcto en el nivel estructural, pero eso no significa que los demás niveles de análisis sean insignificantes.

Para Skocpol las revoluciones no se hacen; ocurren. Esto es aplicable tanto a las causas como a las consecuencias de las revoluciones. Es preciso que analicemos los factores estructurales que causan las revoluciones. Como ella señaló: «Una perspectiva estructural... es esencial para el análisis de las revoluciones sociales» (Skocpol).

Skocpol reconocía la importancia de los factores intranacionales, pero subrayó la importancia de los transnacionales o internacionales: «Las relaciones transnacionales han contribuido a la emergencia de todas las crisis sociales revolucionarias y han contribuido invariablemente a la configuración de las luchas revolucionarias y sus consecuencias». Sin embargo, declaró que su orientación difería de la de Wallerstein, que había adoptado una perspectiva similar. Este se había centrado en las relaciones económicas internacionales, mientras su intención era analizar los factores políticos internacionales. Sin negar la importancia de las variables económicas internacionales, Skocpol se ocupó de lo que ella denominaba el «sistema internacional de estados competitivos». No obstante, reconoció la interacción entre ambos tipos de factores: «En el transcurso de la historia moderna, [el sistema internacional de estados] representa un nivel analíticamente autónomo de realismo transnacional: interdependiente en lo tocante a su estructura y dinámica junto al capitalismo mundial, pero no reductible a él» (Skocpol).

Skocpol distinguió entre dos aspectos de las relaciones transnacionales en un marco temporal: las relaciones estructurales entre los estados en la era contemporánea y las relaciones entre los estados en el transcurso del tiempo. Por ejemplo, los logros y los fracasos de los actores en una revolución determinada influyen sobre los actores en otra revolución posterior. Acontecimientos tan importantes como la Revolución Industrial crean una serie de oportunidades y necesidades nuevas entre una y otra revolución social.

En el nivel estructural Skocpol se centró en el análisis del estado. Afirmaba que el estado constituye «una estructura con una lógica y unos intereses que no han de ser necesariamente los mismos intereses de la clase dominante de la sociedad o de todos los miembros de los grupos políticos» (Skocpol. Especificó que se requería una explicación de las revoluciones sociales en términos más estatales que económicos. Los factores políticos no son epifenómenos, sino que influyen directamente en las revoluciones sociales. Skocpol adoptó la perspectiva estructural marxista sobre la autonomía potencial del estado. Sin embargo, se cuidó de señalar que el grado de autonomía política de un estado, el grado en que escapa al control de clase, varía en función de su contexto.

Skocpol termina su introducción teórica expresando con claridad su perspectiva:

Analizaremos las causas y los procesos de las revoluciones sociales desde una perspectiva no voluntarista, estructural, atendiendo a las estructuras y los procesos internacionales e histórico-mundiales, así como intranacionales. Y un acompañante teórico importante consistirá en llevar a ciertos estados -interpretados como organizaciones potencialmente autónomas, localizadas en la interfase de las estructuras de clase y en las situaciones internacionales- al centro mismo de la atención. (Skocpol)

Skocpol encontró las raíces de las revoluciones francesa, rusa y China en las crisis políticas de lo que ella denominó los «estados del antiguo régimen». Las crisis se desencadenaron cuando estos estados manifestaron su incapacidad para enfrentarse a los desafíos de las nuevas relaciones internacionales. Los estados se toparon no sólo con problemas internacionales, sino con conflictos intranacionales entre las clases sociales, en especial entre la aristocracia terrateniente y el campesinado. Incapaces de resistir estas presiones, los estados autocráticos del antiguo régimen se desmoronaron.

Estas crisis proporcionaron una situación propicia para la revolución, pero ésta no se hubiera producido si las estructuras sociopolíticas no hubieran sido favorables. Como eran sociedades fundamentalmente agrarias, los campesinos, y no los trabajadores urbanos, fueron los protagonistas de la revolución. Skocpol señaló: «Las revueltas de los campesinos han sido el ingrediente insurreccional decisivo virtualmente en todas las revoluciones sociales hasta la fecha (es decir, en las triunfantes)».

En su explicación de las revueltas campesinas, Skocpol rechazó las teorías existentes que se centraban en la ideología, así como las teorías que acentuaban la condición de los actores. En su opinión, los factores clave de las rebeliones campesinas son más bien estructurales y situacionales. Entre estos factores se cuenta el grado de libertad de los campesinos en lo relativo a la supervisión y el control cotidiano y directo de los terratenientes y sus agentes. Finalmente, la relajación de las sanciones coercitivas estatales contra los campesinos suele provocar la actividad revolucionaria. La susceptibilidad de los estados del antiguo régimen ante las presiones internacionales y la existencia de esas estructuras en el sector agrario fueron, en opinión de Skocpol, causas «suficientes» de las revoluciones de Francia en 1789, de Rusia en 1917 y de China en 1911.

Estos factores estructurales influyeron no sólo en la génesis de las revoluciones, sino también en sus consecuencias. Es decir, estas revoluciones produjeron unas «transformaciones estructurales fundamentales y duraderas» de las sociedades en cuestión (Skocpol). Skocpol señaló importantes diferencias en los casos que estudió, pero también identificó semejanzas relevantes: primera, las relaciones agrarias de clase cambiaron drásticamente; segunda, los regímenes autocráticos y protoburocráticos de los antiguos estados fueron sustituidos por estados burocráticos y profesionalizados capaces de controlar a las masas; y tercera, las clases altas terratenientes prerrevolucionarias perdieron sus privilegios exclusivos.

En su análisis de las consecuencias estructurales de las revoluciones, Skocpol criticó a aquellos que acentuaban los factores ideológicos. Se negó a considerar a los líderes de las revoluciones sociales como meros representantes de las clases sociales y a sus acciones como simples reflejos de las ideologías de esas clases. Antes bien, su interés era el análisis de la acción de los líderes revolucionarios: la lucha para lograr el poder estatal. Creía más importante sus actividades que las presiones ideológicas bajo las que se encontraban. Además, los resultados de sus actividades no estaban determinadas por sus ideologías sino por exigencias estructurales: «Las crisis revolucionarias no son rupturas totales en la historia que de súbito hagan posible lo que concibieron unos revolucionarios voluntariosos» (Skocpol). Lo importante es analizar las fuerzas y los constreñimientos estructurales reales y no las ideas que de ellos tienen las personas.

En este capítulo analizamos una amplia serie de enfoques que pueden clasificarse como teorías sociológicas neomarxistas. Todas toman la obra de Marx como punto de partida, pero se desarrollan en direcciones diversas. Aunque estos desarrollos diversos dan una considerable vitalidad a la teoría neomarxista, suscitan también ciertas discusiones y distinciones que resultan innecesarias y harto disfuncionales. Así, una de las tareas de los teóricos marxistas modernos de la sociología es integrar esta gran y variada serie de teorías sin dejar de admitir la valía de algunos trabajos específicos.

El determinismo económico se erigió en su momento como la primera teoría neomarxista, pero en la actualidad ha perdido su importancia, en particular para el pensador sociológico. Esta limitada perspectiva de la teoría marxista provocó ciertas reacciones que dieron lugar al desarrollo de otras teorías dentro de la tradición de Marx. El marxismo hegeliano, especialmente la obra de Georg Lukács, se cuenta entre las reacciones contra el determinismo económico. Su objetivo era superar las limitaciones del determinismo económico regresando a las raíces subjetivas hegelianas de la teoría marxista. El marxismo hegeliano apenas disfruta de relevancia contemporánea; su importancia reside en la influencia que ejerció sobre las teorías neomarxistas posteriores.

La Escuela Crítica, heredera de la tradición del marxismo hegeliano, tiene importancia para la sociología contemporánea. Las grandes aportaciones de los teóricos críticos (Marcuse, Habermas, etcétera) constituyen estudios sobre la cultura, la conciencia y sus interrelaciones. Estos teóricos han enriquecido nuestra comprensión de fenómenos culturales tales como la racionalidad instrumental, la «industria de la cultura», la «industria del conocimiento», la acción comunicativa, la dominación y las legitimaciones. A estas preocupaciones se suma el interés por la conciencia, fundamentalmente a través de la incorporación de la teoría freudiana a su trabajo. Sin embargo, los esfuerzos de los teóricos críticos para compensar las limitaciones del determinismo económico fueron demasiado lejos; pues es preciso reintegrar la preocupación por la economía y, desde luego, por las macrofuerzas sociales en general.

Otro enfoque neomarxista es el marxismo estructural. Mientras la Escuela Crítica acentúa los factores subjetivos, los marxistas estructurales se centran en los factores estructurales. Marxistas estructurales como Althusser y Poulantzas también adoptan el determinismo económico como punto de partida, lo que les ha llevado al análisis de estructuras tales como el estado y la ideología, que, a sus ojos, disfrutaban de una «autonomía relativa» frente a la economía. No obstante, la economía se considera el factor estructural más importante. Los marxistas estructurales no sólo rechazan las limitaciones del determinismo económico en el nivel estructural, también critican duramente la subjetividad de la Escuela Crítica y del marxismo hegeliano. Califican estos desarrollos de corrientes perjudiciales y acientíficas de la teoría marxista. Si bien los marxistas estructurales critican duramente otras variantes de teoría marxista, ellos también han sido objeto de duros ataques procedentes de dentro y de fuera de la teoría marxista.

Ofrecemos después un estudio de dos corrientes de trabajo en sociología económica marxista. El primero trata de la relación entre trabajo y capital, especialmente las obras de Baran y Sweezy y Braverman. El segundo se ocupa de la transición del fordismo al posfordismo. Ambas corrientes representan un esfuerzo por volver a algunas de las preocupaciones económicas tradicionales de la sociología marxista. Estos trabajos son relevantes porque constituyen un esfuerzo por tener en cuenta las nuevas realidades de la sociedad capitalista contemporánea y actualizar, así, la sociología económica marxista.

El capítulo termina con dos ejemplos de investigación histórica neomarxista: Wallerstein, que estudia la economía y los sistemas mundiales, y Skocpol, que se ocupa de la política y las revoluciones sociales.

Más adelante analizaremos otros aspectos de la teoría neomarxista. Por ejemplo, en el Capítulo 9 nos ocuparemos otra vez del marxismo estructural, y bajo el encabezamiento «posestructuralismo», estudiaremos la obra de Michel Foucault, derivada en parte de la tradición marxista aunque haya llegado a representar un desafío a esa tradición. En el Capítulo 11 analizaremos algunas de las ideas más recientes de Jurgen Habermas. Finalmente, y lo que es más importante. A pesar del estado moribundo de las sociedades comunistas, la teoría neomarxista aún está viva, continúa siendo objeto de debate y, en ocasiones, es confusa. Es probable que siga despertando el interés de muchos teóricos sociales.